

LA SEMANA TRAGICA

Por JOSE GINEL GARCIA
Coronel de la Guardia Civil

Barcelona, la Barcelona de 1909, es una abigarrada población de 600.000 habitantes en la que pululan multitud de emigrantes, ansiosos de participar en el esplendor industrial que gozaba la Ciudad Condal. Habían llegado desde la cálida Andalucía, desde la seca y misérrima Murcia oriental, y constituían una masa ingente, hambrienta y desesperada. El paro gravitaba como un fantasma; la mano de obra abundaba y los salarios eran míseros. Los grandes industriales, que rápidamente se habían recuperado de la crisis sobrevenida tras el desastre colonial del 98, comenzaban a sentir temores frente a la masa que vivía hacinada en los suburbios periféricos de la gran urbe.

Barcelona, además, era «la ciudad de las bombas», un lugar donde los artefactos estallaban inesperada e incesantemente. Las gentes habían acabado por acostumbrarse a las cotidianas explosiones, que daban fe de un descontento colectivo sin precedentes. Ciudad contradictoria, repleta de conflictos, de protestas, vivía en una atmósfera tensa, cargada de desasosiego y angustia. Maragall, el gran poeta, clamaba:

*Estalla la muerte en las calles sonrientes,
en el aire suave:
estalla inesperada, segura y traidora,
como otra carcajada escarnecedora...
¡Carcajadas de sangre!*

Esas carcajadas sangrientas de que nos habla el poeta son las rotundas interjecciones que resuenan en la prieta atmósfera, en el denso clima de aquella turbulenta Barcelona de comienzos de siglo. Como diría más tarde Ossorio y Gallardo, Gobernador civil de la ciudad, «en Barcelona la revuelta no se "prepara", por la sencilla razón de que está "preparada" siempre. Asoma a la calle todos los días; si no hay ambiente para su desarrollo, retrocede; si hay ambiente, cuaja».

La guerra de Marruecos fue la chispa fulgurante que encendió el fuego. Mas la llama estaba bajo las cenizas, viva y amenazadora. Los sucesos de la semana que va desde el 26 de julio hasta el 1.º de agosto de 1909 tuvieron como telón de fondo una red sutil de preocupaciones, de intereses políticos que es preciso poner de relieve antes de entrar en la descripción sangrienta, trágica, triste y dolorida de aquellos días.

Para entender lo que aquello fue es preciso comprender el campo de acción donde se fraguó.

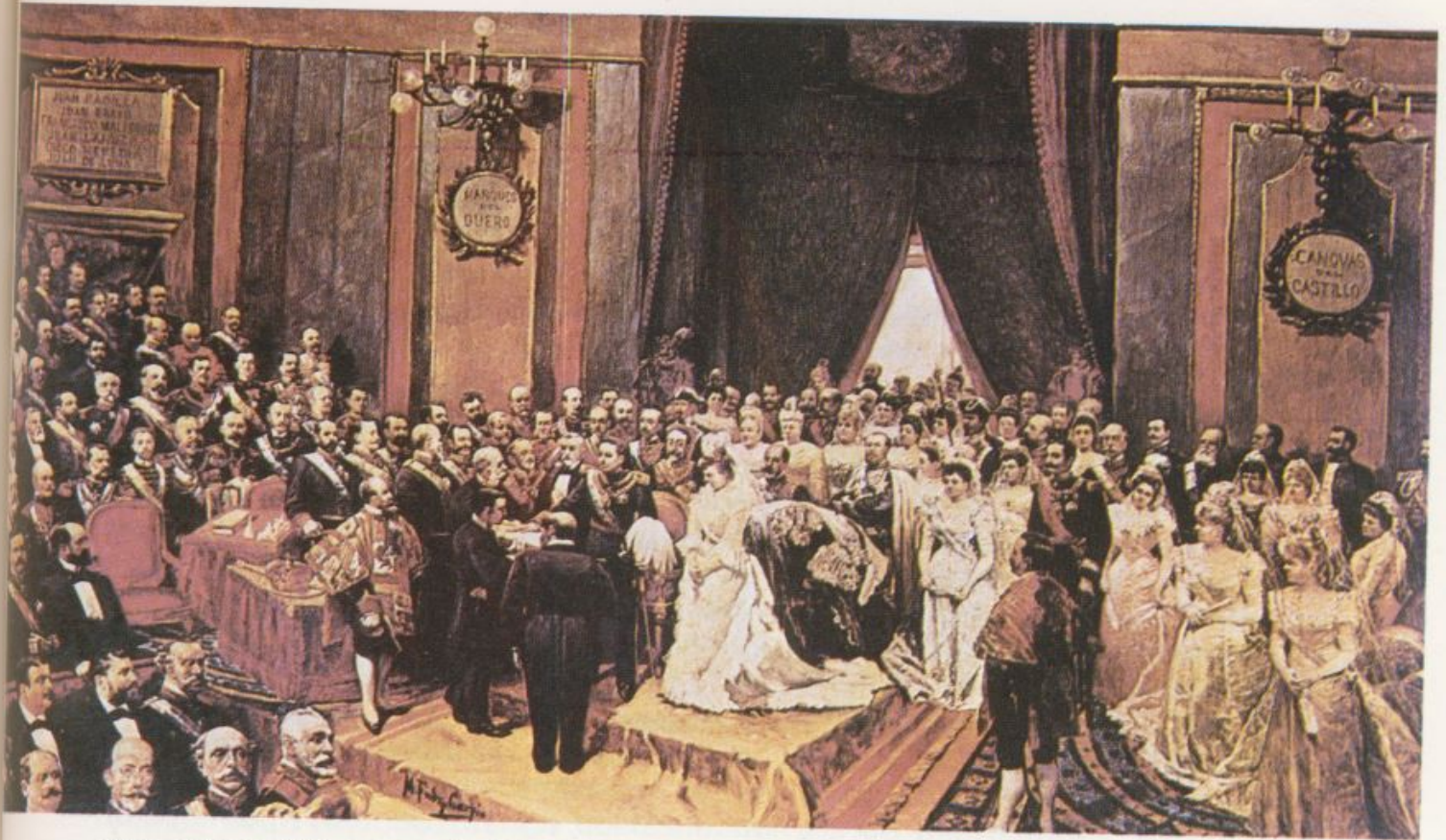
Empezaremos por el catalanismo. La cuestión venía de lejos. Jaime Balmes escribía en 1843: «Conviene no perder de vista que Cataluña es la única provincia que participa, propiamente hablando, del movimiento industrial europeo, y así sólo en ella se presentarán los nuevos problemas sociales; no en las demás, que, a excepción de cierto movimiento febril y somero que se observa en la estrecha esfera de la política, continúan en todo lo demás como allá en el reinado de Carlos III. Cuando se pasa de Cataluña al extranjero nada se observa que no sea una especie de continuación de lo que aquí se ha visto. Diríase que el viaje se hace dentro de una misma nación, de una a otra provincia; pero al salir del Principado para el interior de España, entonces parece que en realidad se ha dejado la Patria y se entra en países extranjeros». Cataluña se sentía extranjera a España. Este sentirse extraño va a proyectarse a finales del siglo XIX en un movimiento reivindicativo. Pero dicho movimiento no estará fundamentalmente apoyado en las disfunciones de lengua y de raza, sino en una diferencia radical de estructuras económicas y sociales. Ciertamente, la burguesía catalana de comienzos de siglo apenas tiene nada que ver con las clases medias que llevan la brida del Gobierno de Madrid, y menos aún con aquellos caciques decimonónicos, «señoritos góticos» como les llama Unamuno, que compran las actas en el hambriento agro peninsular.

El Gobierno español es incapaz de ofrecer a Cataluña una imagen activa de desarrollo interno. Sigue tambaleándose en sus vicios, en su caciquismo oligárquico, en su palabrería hueca y altisonante.

El movimiento catalanista, ya cuajado, toma forma «nacionalista». Y todo movimiento nacionalista, que lo sea de verdad, ha de ser revolucionario. Es aquí precisamente cuando surgen las diferencias en el seno del propio catalanismo. Subido al poder Antonio Maura en 1907, el político mallorquín declaró que abriría un cauce «que no tendréis agua bastante para llenarlo».

Muchos —los más conservadores— de entre los catalanistas vieron como bueno ese cauce que Maura les proponía. Y acabaron cayendo en la más ingenua contradicción: porque conservadurismo y catalanismo venían a ser dos cosas opuestas. Pretender hermanarlas era una pura ilusión, una vaga quimera. El programa político de Maura propugnaba una revolución desde arriba. «España entera, declaraba, necesita una revolución desde el Gobierno, y si no se hace desde el Gobierno, radical, rápida, brutalmente; tan brutalmente que baste para que los que estén distraídos se enteren, para que nadie pueda abstenerse, para que nadie pueda ser indiferente y tengan que pelear hasta aquellos mismos que asisten con la resolución de permanecer alejados».

Al lado del político conservador se situó el ala más derechista del catalanismo. Lo que les unía era la creencia en una revolución sin revolución, en una revolución que cambiara todo, dejando al mismo tiempo todo. El pacto entre Maura y la derecha catalanista es un punto clave en el desarrollo de la Semana Trágica. Prat de la Riba y la Veu de Ca-



Jura de Alfonso XIII en mayo de 1902. Pronto el joven monarca iba a tener muestras de las dificultades por las que discurriría su reinado. Una prueba sería la Semana Trágica

talunya, aliados de Maura, habrán de admitir la represión maurista como buena. El conservadurismo acabaría ganando la partida al catalanismo.

Por su parte, la fracción izquierdista andaba también dividida. Libres de la contradicción de la derecha, al declararse republicanos y, por lo tanto, en abierta oposición con el sistema monárquico español, el catalanismo de izquierda estaba constituido por intelectuales de segunda fila (abogados como Hurtado o Carner), burgueses y relativamente moderados en su izquierdismo, y por una corriente renovadora, joven y socialista (Alomar). Pero esta facción no contaba con hombres de la talla política de un Cambó o un Prat de la Riba. Marginada en cierto sentido de los movimientos obreristas, la izquierda catalana carecía de fuerza auténtica y de poder de masas.

Entre los muchos recursos posibles de que disponía el Gobierno para hacer frente al catalanismo, cada día más amenazador, se echó mano a Alejandro Lerroux. El lerrouxismo frenó en gran parte el desarrollo de la fiebre catalanista. El nacionalismo catalán de izquierda había llegado tarde ante el crecimiento del lerrouxismo centralista y republicano. Lerroux vino a ser «el curandero encargado de la nada sencilla tarea de ¡hacer patria!» (Ossorio). A partir de 1901, Lerroux dio nueva fuerza al republicanismo en Barcelona. Su partido triunfó rotundamente en las elecciones provinciales de 1903 y en las de diputados a Cortes del mismo año «De entonces a acá, dice Ossorio y Gallardo, entre los gritos de ¡Viva España! y bajo el lema de la intangibilidad de la nación única, unas turbas de inconscientes, manejadas por capitostes despabilados, han perturbado la tranquilidad de la vida barcelonesa, atropellando todos los respetos y ensangrentando las calles».

El lerrouxismo era un movimiento demagógico en el peor sentido de la palabra. Carente de una auténtica filosofía política, el lerrouxismo contaba con un solo ingrediente para atraerse a las masas descontentas, cansadas y ansiosas: la palabra. El inconformismo de Lerroux y de sus jóvenes bárbaros era puramente verbal y epidérmico. Típicamente burgués, desproporcionado, incoherente, inflamaba y conducía a la revuelta, pero nunca a una revolución.

Ya el mismo hecho de que cuajara en las proporciones en que lo hizo en la Barcelona de los albores de siglo nos da cuenta exacta del descontento y desconcierto reinantes. Si «el Emperador del Paralelo» pudo llegar a donde llegó, es porque existían las condiciones objetivas que posibilitaban aquel éxito. Con aquella demagogia estéril y absurda, lo único que verdaderamente se conseguía era la desorientación. El espíritu obrero quedaba así minado en aras de una exaltación primaria y elemental que impedía dar al proceso revolucionario un carácter auténticamente renovador.

Pero, a pesar del auge de Lerroux, el obrerismo catalán tenía una entidad propia. Ciertamente es que el fracaso de las huelgas generales de 1902 había desmoralizado el sindicalismo apolítico-ácrata. Pero la aparición de «Solidaridad obrera» el día 3 de agosto de 1907, publicación inicialmente semanal, a cuya Redacción se había incorporado Anselmo Lorenzo, patriarca del anarquismo, y la resolución del Congreso de Amsterdam (24 al 31 de agosto de 1907), que postulaba una incorporación masiva del anarquismo a las organizaciones sindicalistas, suponen un nuevo auge del movimiento ácrata. La ley de Maura contra el terrorismo provocará un nuevo recrudecimiento en los ataques a la burguesía opresora y capitalista. A partir de entonces, el anarcosindicalismo luchará desesperadamente por conquistar las masas obreras barcelonesas. La táctica de la huelga general, la exaltación de la violencia («la violencia proletaria puede asegurarse no solamente la revolución futura, sino que parece ser el único medio de que disponen las naciones europeas —embrutecidas por el humanismo— para recuperar su antigua energía»), preconizadas por Sorel, comienzan a estar en el ánimo de todos los obreros catalanes. La huelga general tiene un carácter de medio decisivo para el logro del ideal común. En 1909, el anarquismo barcelonés se halla en un período de organización interna, cuyos amargos frutos se recogerán más adelante.

En aquel julio de 1909, en medio del sol agobiante que quema las calles de la «ciudad de las bombas», todo el mundo habla de lo mismo, un solo tema de conversación cautiva el interés de la inquieta Barcelona. Se habla en las casas, en las tertulias del café, en los descansos del trabajo, en las reuniones públicas y privadas. Y se habla con pasión, como si fuera en ello la vida. Es como una multitudinaria obsesión, casi una monomanía, que se cifra en una sola palabra: Marruecos. Y es más: en tres letras todavía de mayor rotundidad: ¡Rif, el Rif! Y como en Barcelona en toda España.

Marruecos..., el Rif. ¿Qué motiva el que aquellas dos palabras despierten tan extraordinarios ecos en la España abatida y cansada del

trágico 1909? ¿De dónde procede la urgente inquietud que tiene desasosegados tanto al Gobierno como al pueblo español?

El día 11 de julio, la «Gaceta de Madrid» publicaba una orden que movilizaba reservistas pertenecientes a todos los reemplazos (1). El día 9, un ataque de los cabileños contra trece obreros españoles trabajadores de las minas, que estaban cimentando un puente sobre el arroyo Sidi-Musa, había causado la muerte a cuatro de ellos. La llegada del General Marina, al frente de una fuerza expedicionaria que se propone castigar a los agresores rifeños, provoca una serie de encendidos y violentos combates. La situación se deteriora rápidamente; a tal punto que el General Marina pide el envío de refuerzos.

El problema militar presentaba mal aspecto. El Gobierno español recurrió entonces a la llamada a filas. El General Linares, a la sazón Ministro de Guerra, prefirió este método al empleo de las tropas bien entrenadas que su antecesor, Fernando Primo de Rivera, había organizado como medida preventiva. Este fue el primer craso error de Linares. El segundo consistió en ordenar el reclutamiento por regimientos y no por reemplazos. Haciéndolo así, por regimientos, movilizaba «ipso facto» a todos los reservistas pertenecientes a cada Unidad, incluso a los de más edad (muchos de los cuales tenían ya familia que mantener, y algunos, incluso, varios hijos). Pero no paró ahí la cosa; aunque nadie ignoraba el viciado ambiente social que reinaba en Cataluña, el peligro que en aquellas circunstancias podía acarrear tal medida, no se dudó en llamar a los reservistas del Principado.

Y sin apenas dilaciones, el 11 de julio, en el calor del mediodía, embarcaba en el puerto barcelonés la primera expedición rumbo a Marruecos.

Casi un mes antes, Leopoldo Romero, director de «La Correspondencia de España», un periódico totalmente adicto a la dinastía y a la persona del Rey, publicaba, bajo el seudónimo de «Juan de Aragón», el siguiente artículo:

«Contra un país es imposible luchar. Y España no quiere oír hablar de Marruecos. A excepción de media docena de caballeros políticos, de unos cuantos bolsistas del sube y baja, y de otros cuantos pescadores en río revuelto, nadie desea ni aventuras, ni provocaciones, ni ocupaciones innecesarias, ni expediciones fuera de tiempo y lugar... Si el país comprendiese que en Marruecos íbamos a resolver algún problema, toleraría una política imperialista, pero como sabe que a Marruecos vamos a ir sin saber a qué ni para qué no lo soporta».

«... supongamos que nuestras tropas salen de Melilla y ocupan 10, 20, 30, 100 kilómetros. Ya están ocupados. ¿Y para qué? Pues para nada.

(1) El día 24 el Gobierno adjudicó a las familias de los reservistas la cantidad de 50 ctms. diarios. Por otra parte, se creó un comité presidido por la marquesa de Castellflorida, comité cuya misión consistía en recaudar fondos para las familias de los reservistas y procurar suplirles constituyendo un «a manera de consejo de familia al que puedan acudir en todas sus necesidades, así de orden moral como material». El Ayuntamiento tampoco llegó a tiempo para hacer nada, ni tomó iniciativa alguna útil. «El Progreso» días 23 y 24 de julio de 1909.

Absolutamente para nada, como no sea para gastar un centenar de millones, que aquí hacen mucha falta y allí no servirán para nada. Morirán unos cuantos soldados, ascenderán otros cuantos, mostraremos una vez más nuestro desbarajuste, nos pondremos por centésima vez en ridículo llamando al tiroteo, escaramuza; a la escaramuza, acción de guerra; al encuentro de avanzada, combate; al combate, batalla campal; enviaremos más generales que coroneles, más jefes que oficiales, más oficiales que soldados, más promesas que realidades, más proyectos que hechos, y por todo sacar sacaremos sólo una cosa: sangre al pueblo y dinero al contribuyente».



Alejandro Lerroux en sus primeros años de vida pública

«¿A qué mentir si ésta es la verdad? ¿Para qué hacernos ilusiones ridículas si las cosas son lo que son y no lo que se quiere que sean?»

Maura dijo un día que el proyecto de Asociaciones era la guerra civil.

«Yo le digo que el "ir a Marruecos" es la revolución, y al decirlo sirvo a la Patria y al Rey mucho mejor que haciendo creer al Rey y a la Patria que el "ir a Marruecos" conviene a la Nación y a la Monarquía».

El artículo de Romero, viniendo de quien venía, había tranquilizado en un principio los ánimos, un tanto revueltos, de la Nación. «Si hasta "La Correspondencia" dice eso no se podrán atrever a nada...». Tales eran los comentarios. Pero...

Como vemos, lo que se ventilaba en Marruecos era cuestión que ni poco ni mucho interesaba al pueblo español. No habían pasado todavía once años desde el desastre colonial; apenas hacía un decenio nuestros hombres, trajes rotos, rostros enfermos, habían desembarcado su pena, su tristeza y su derrota en los puertos españoles. Aquella imagen estaba aún muy viva en el recuerdo de todos. España, verdaderamente, no tenía ganas de aventuras; estaba cansada, sí, profundamente cansada. Y, además, ¿era aquello una aventura española? ¿Qué importaba a la gente una política africana de cara a Europa?

El 1.º de julio de 1909, José Nakens, director de «El Motín» (involucrado en su día en los asuntos de la bomba de la calle Mayor y condenado a siete años de cárcel, de la que salió mucho antes de cumplir la totalidad de la condena), publicaba en aquel periódico un artículo donde, al igual que Romero, daba claras y rotundas advertencias:

«¿Y por qué va España a realizar un esfuerzo tan costoso e innecesario? Porque un monsieur Massent quiere explotar negocios mineros en el Muluya; porque unos alemanes, a las órdenes de un tal Manesman, intentan hacer lo propio en las comarcas que pueblan las angheras, y porque otros ciudadanos tienen intereses mineros en Be-ni-bu-Fruor (...). Hay que evitar a todo trance que se consume la barrabazada; ahora estamos a tiempo de impedirla. Luego, es decir, en septiembre, sería tarde».

Soldados para Marruecos.

El gentío atestaba el puerto barcelonés. Familias enteras despedían en silencio a los hombres: las esposas, con sus hijos en brazos, los ojos repletos de lágrimas; hermanos con los labios mudos de indignación; padres con la miseria marcada en sus rostros, que en su doloroso peregrinar por la vida habían olvidado incluso sus odios de clase. Reinaba un torvo silencio, una sorda irritación. El hijo, la esposa, el padre apretaban los dientes y se iban sin volver la cabeza, anonadados por la pena.

Luego, en las calles, en las casas, en los hogares humildes, la indignación estallaba. En la atmósfera se hacía casi tangible el dolor y el resentimiento. Barcelona aguardaba inquieta.

Los embarques prosiguieron el día 14. La tensión aumentaba, iba ganando en furia, casi se podía palpar. A cada día que pasaba resultaba más difícil guardar silencio, cerrar las bocas ante el dramático espectáculo. ¿Hasta cuándo podría continuar aquello? Los días 17 y 18 se reúne en Barcelona el XI Congreso de la Federación Socialista de Cataluña, donde, tras plantearse la cuestión agobiante, masiva, que muy fácilmente podía tomar los caracteres de una huelga general.



Este conocido cuadro de Ramón Casas sería asociado por numerosos historiadores a la Semana Trágica, cuando en realidad fue pintado en 1903

Con el diario paso de las tropas por la Rambla, las escenas cotidianas en el puerto, llenas de dramático silencio, el desasosiego alcanza el punto culminante.

El domingo día 18, la ciudad presenta un aspecto siniestro, pese a las escenas habituales de un día festivo. Un sol blando y pegajoso inunda las calles. En las primeras horas de la tarde, la ciudad se ve abarrotada de gente; novios que pasean su ternura, en contraste con las familias estigmatizadas por el dolor; chiquillos que juguetean inconscientes, y los inevitables despreocupados burgueses con su insolidaridad a cuestas. En aquel día festivo, las Ramblas aparecían concurridas por gentes procedentes del extrarradio mísero e insalubre. Se respiraba un aire proletario, un vientecillo de rebeldía. De pronto, todo pareció inquietarse bruscamente. «¿Qué pasa?», se preguntaban unos a otros. «Parece ser que han desviado las tropas». ¿Y eso? ¿Ha ocurrido algo?

La abigarrada multitud de los que acudieron con la esperanza de ver al ser querido se mueve convulsa de un lado a otro, ávida de noticias. Finalmente, el gentío se aglomera en forma de inmensa culebra, camino del embarcadero. Empiezan a escucharse gritos histéricos. La muchedumbre se agolpa en torno a los muelles; pese a la poderosa tensión, permanece en silencio: allí estaban los soldados. Allí estaban los oficiales con los cuerpos firmes y una aparente serenidad en sus rostros. Allí estaban las damas de la buena sociedad repartiendo medallas y miradas bondadosas. Algunos soldados sostienen entre los brazos a sus pequeños. Se deja oír el llanto de las mujeres. Un sordo rumor llena el embarcadero. Nadie levanta la voz; el tiempo pasa. De pronto, estallan los primeros gritos: «¡Muera Maura! ¡Abajo la guerra!»

Los guardias esperan órdenes, muchos están sin duda nerviosos. El gentío parece como electrificado; cunde la protesta: «¡Tirad los fusiles! ¡Que vayan también los ricos!»

La orden de despejar el muelle es puesta en ejecución a rajatabla. Los barceloneses abandonaron el puerto y los expedicionarios partieron hacia Melilla. Pero el equilibrio quedaba roto. Aquello fue como el prólogo de la semana sangrienta, de la Semana Trágica de Barcelona.

Aquel mismo día 18 tenía lugar en Madrid un mitin socialista, con la participación de Largo Caballero, Mora y Pablo Iglesias. La voz de este último sonó con rotundos acentos de sedición:

«No sería difícil ni extraordinario que algún reservista prefiriese apuñalar a un ministro o a cualquier elevada personalidad antes que ir a matar gentes que defienden su patria con el mismo valor con que los españoles defendieron la suya en 1808».

«No son, en este caso, los moros; el Gobierno es el enemigo del pueblo español. Hay, pues, que cambiar el Gobierno empleando todos los medios. En vez de disparar hacia abajo, los soldados deben disparar hacia arriba. Si es preciso, los obreros irán a la huelga general con todas sus consecuencias, sin acordarse de las represalias que el Gobierno pueda tomar contra ellos».

La idea de la huelga general empezaba a abrirse paso como única posible y eficaz forma de protesta. Y con este pensamiento, roto el silencio de los primeros días, concluyó aquella semana. Si no se rectificaba en el camino emprendido, si el Gobierno no daba un paso atrás en su decisión, sería posible lo más imprevisto. La semana se anunciaba cargada de presagios.

Lo que ocurría entretanto en Marruecos es algo que está al margen de la presente historia. A Barcelona, a España entera, sólo llegaban rumores. Se decía que ya habían muerto 15 hombres. Pero no se facilitaban listas oficiales de bajas. Todo eran conjeturas. Se decía también que las tropas españolas, ardorosas y bravas, caminaban hacia la victoria. Los combates proseguían y la fiereza de los rifeños no había cedido, ni mucho menos. Todo estaba en el aire.

Las noticias confusas que llegaban de Africa contribuían a hundir la ciudad en una tremenda confusión. Los mítines contra la guerra menudeaban en todo el Principado.

En el primer día de la semana, cálido como todos los de aquel ardiente julio, las protestas arreciaron. Se formaban en todos los puntos de la ciudad grupos de personas unidas por el mismo desencanto. A las ocho de la tarde, una masa reducida, al grito de «¡Abajo la guerra!», inició una manifestación hacia la Rambla. Al pasar por la Redacción del «Poble Catalá», diario de la izquierda catalanista que había emprendido una enérgica campaña contra la guerra, los manifestantes prorrumpieron en una salva de aplausos. Luego, frente al palacio de Comillas, los aplausos se trocaron en gritos hostiles. Los grupos iban engrosando. Se dirigían ahora hacia la plaza de la Universidad. Allí les salió al encuentro la Policía. Y en el aire barcelonés sonó el ronco rumor de los primeros disparos. Al fin se logró disolver la manifestación, realizándose varias detenciones.

No sólo era en Barcelona; en Badalona y en otros puntos de Cataluña arreciaban las protestas. Todo aquello, en un clima de densa, inquietante y progresiva tensión, hacía presagiar la inminente catástrofe.

¿Qué actitud adoptaban los periódicos catalanes ante el problema marroquí? «El Progreso», órgano de Lerroux y de su demagogia; «El Poble Catalá», diario de la Esquerra que regentaba Rovira y Virgili; «La Publicitat», y «El Diluvio», éste de forma más moderada, se mostraban abiertamente contrarios a la guerra. De otro lado, y con tintes más o menos derechistas, «La Vanguardia», «El Diario de Barcelona», «La Veu de Catalunya», portavoz de la Lliga, y el «Noticiero Universal» se mantenían de acuerdo con la postura gubernamental.

Durante los días 20 y 21 persiste el mismo estado de cosas: encuentros con la Policía y detenciones cada vez más numerosas; algo así como un compás de espera. Pero todo el mundo está convencido de que las masas no se detendrán en su protesta. Barcelona parece una ciudad en estado de sitio. No se podía dar un paso sin tropezarse con la fuerza pública. A pesar de todo, no es precisamente el temor lo que domina la situación: en la mente de todos anida la idea de llegar hasta los últimos extremos.

«El Poble Catalá» clamaba el 22 de julio: «... ¿Hasta cuándo, señor Ossorio, se ha de convertir la Rambla en campo de operaciones de esta inepta Policía que aún no ha sabido librarnos del terrorismo?».

Ossorio había guardado hasta entonces silencio. Pero aquel día 22 apareció en las calles barcelonesas un bando prohibiendo, dada la existencia de «algunos elementos profesionales del alboroto y el desorden que intentaban dañar la paz ciudadana», la formación de grupos en la calle. Se advertía que la fuerza pública los disolvería haciendo uso de los medios necesarios.

El 21, reunidos en consejo los dirigentes de Solidaridad Catalana, habían acordado enviar al Gobierno un escrito pidiendo la urgente reunión de las Cortes. Aquel día 22, los periódicos publicaban la negativa gubernamental a esta petición de Solidaridad.

Si el bando de Ossorio, que fue, como es de suponer, arrancado de las paredes por los más levantiscos, había irritado a los extremistas, la nota del Gobierno denegando la petición de Solidaridad Catalana (2) tenía disgustados a los elementos templados, de modo que el ambiente se tornó más tenso aún. Hasta tal punto que todo hacía presagiar un fatal desenlace. La gente se mantenía en su espera. Entretanto, los acontecimientos se precipitaban.

Aquel mismo día 22, «La Internacional», semanario que dirigía el socialista Fabra Ribas, lanzaba a los cuatro vientos una proclama donde se hacía constar la urgente necesidad de un congreso de sociedades obreras. Días antes, el mismo Fabra había confeccionado el texto de las conclusiones que pretendía fuesen aprobadas:

«Considerando que la guerra es una consecuencia fatal del régimen de producción.

»Considerando, además, que, dado el sistema español de reclutamiento del Ejército, sólo los obreros hacen la guerra que los burgueses declaran.

»La Asamblea protesta enérgicamente:

»Primero. Contra la acción del Gobierno español en Marruecos.

»Segundo. Contra los procedimientos de ciertas damas de la aristocracia que insultan el dolor de los reservistas, de sus mujeres y de sus hijos, dándoles medallas y escapularios, en vez de proporcionarles los medios de subsistencia que les arrebatan con la marcha del jefe de familia.

»Tercero. Contra el envío a la guerra de ciudadanos útiles a la producción y, en general, indiferentes al triunfo de la Cruz sobre la Media Luna, cuando se podrían formar regimientos de curas y de frailes, que,

(2) L. Bonafulla diría luego que esa prohibición de Ossorio hizo la huelga general inevitable porque no se dejaba curso a la protesta popular pacífica. (La revolución de julio en Barcelona. Barcelona 1910, página 14.)

además de estar directamente interesados en el éxito de la religión católica, no tienen familia, ni hogar, ni son utilidad alguna al país; y

»Cuarto. Contra la actitud de los diputados republicanos que no han aprovechado su inmunidad parlamentaria para ponerse al frente de las masas en su protesta contra la guerra.

»Y compromete a la clase obrera a concentrar todas sus fuerzas, por si se hubiera de declarar la huelga general para obligar al Gobierno a respetar los derechos que tienen los marroquíes a conservar intacta la independencia de su patria».

La idea de la huelga general gravitaba como un fantasma en la mente de los desesperados barceloneses, que veían cómo salían sus hijos y sus esposos hacia una guerra cuya finalidad no llegaban a comprender.

La reacción de la Prensa ante el bando del Gobernador —la del pueblo ya la había comprobado Ossorio el mismo día de su publicación— no se hizo esperar.

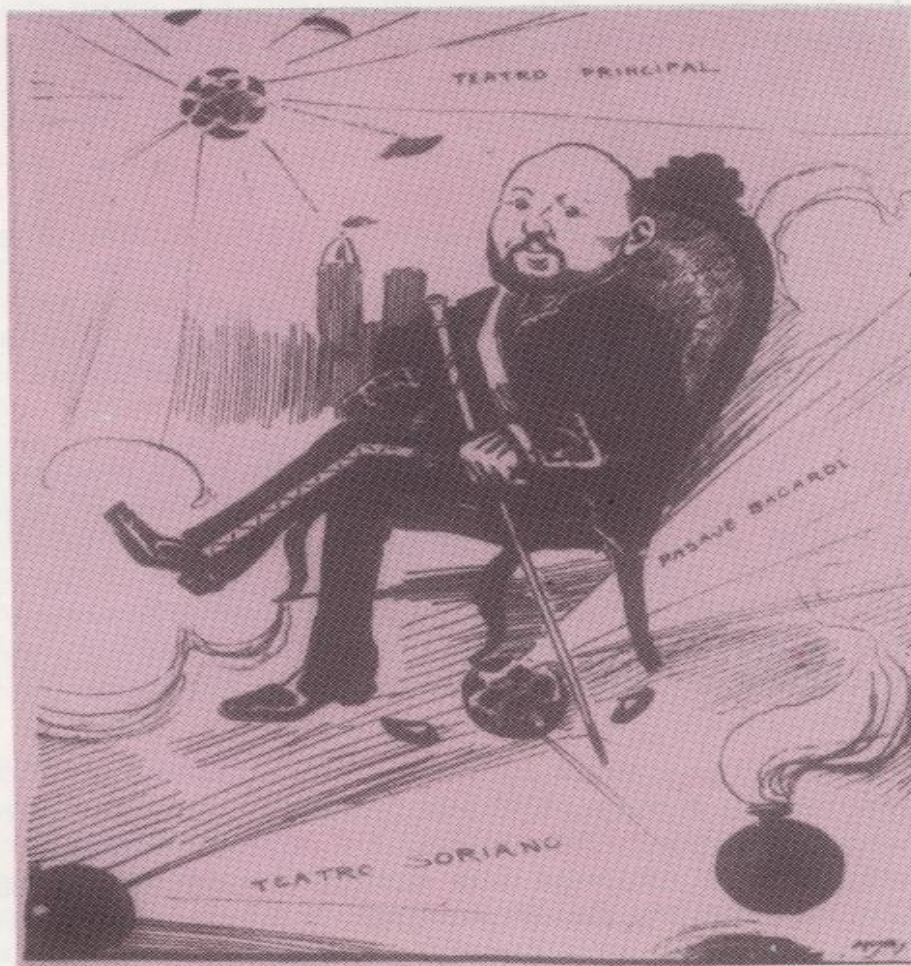
«El Poble Catalá» contestaba así: «Debajo del bando ponemos la fórmula oficinesca: "Enterados" (...). El señor Ossorio ya sabrá por sus subordinados y por la Prensa el caso que de su bando han hecho los ciudadanos. El público, ayer mismo, desgarró muchos. Pero si el señor Gobernador puede dictar un bando para que los ciudadanos lo destrocen, no puede, sin caer en incorrecciones intolerables, decir que los manifestantes y los que con ellos simpatizan son "profesionales del alboroto". Desde el momento que habla así es señal de que el Gobernador sabe quiénes son esos elementos y, por lo tanto, debía exigirles responsabilidades. Y si los desconoce, debía abstenerse de hacer frases».

«El Liberal» comentaba: «¡La libertad conservadora!... Sin proclamarse la Ley Marcial, la aplica Ossorio en Barcelona con un bando draconiano...».

Y «El Progreso», por su parte, llegaba a la siguiente conclusión: «Este bando es intolerable, es indigno de Barcelona».

Aquel mismo día, Solidaridad Catalana, ante la negativa del Gobierno a la apertura de las Cortes, decide celebrar una nueva reunión. En ella, Amadeo Hurtado recibe el encargo de redactar un manifiesto donde se pusiera en claro la oposición de Solidaridad ante el agravamiento de la crisis.

Barcelona entera daba la impresión de un polvorín que podía estallar de un momento a otro. Ya nadie quería esperar. La tranquilidad, el orden, la paz eran meras palabras sin sentido en medio de aquella tempestad de protesta. «Solidaridad Obrera» convoca, de acuerdo con la legalidad, una reunión para la tarde del 23. Ossorio y Gallardo, desorientado, no sólo niega el permiso, sino que manda a los periódicos la siguiente nota:



Caricatura del Gobernador Ossorio aparecida en la prensa de la época

«Vista la instancia suscrita por don José Rodríguez Romero participando a este Gobierno, en nombre de la Confederación Regional de Sociedades de resistencia, "Solidaridad Obrera", que mañana, día 23, a las nueve y media de la noche, celebrará reunión general de delegados de la misma en su local social, Nueva de San Francisco, 7, principal, para tratar y tomar acuerdos sobre la actual guerra de Marruecos, y siendo evidente que en estas reuniones se procura, bajo una denominación más o menos hábil, desfigurar hechos, excitar pasiones y estimular a los revoltosos para que cometan verdaderas alteraciones del orden público y se cometan, por lo tanto, algunos de los delitos especificados en el artículo 3.º, libro II, del vigente Código Penal.»

«Visto el número 5 de la Ley de Reuniones Públicas del 15 de junio de 1880, he acordado suspender dicha reunión, dando cuenta inmediatamente al Gobierno de esta resolución y pasando el tanto de culpa a los Tribunales a los fines que en justicia correspondan».

Pero nada podía detener aquel río que se desbordaba vertiginosamente. Rarísimos eran los que levantaban la voz para defender aquella guerra. Toda Barcelona —la que protestaba y la que callaba— estaba tácitamente de acuerdo. La prohibición de Ossorio fue una imprudencia, una torpeza estéril. Con reunión o sin ella, legal o extralegalmente, los hechos seguirían su camino. Pero, ¿cuándo? ¿Cuál sería la fecha en que diera comienzo la tan esperada y temida huelga general? En un principio se pensó que el 2 de agosto. Pero los anarcosindicalistas, impacientes, acabaron por proponer el 26. Las demás organizaciones obreras respondieron que no daría tiempo a coordinar movimientos con el resto de España. Ellos adujeron que si cuajaba en Barcelona, lo demás vendría por añadidura. Y la huelga quedó definitivamente fijada para el día 26.

Mientras tanto, las noticias que llegaban de Marruecos aumentaban la indignada confusión. Seguían sin facilitarse listas oficiales de los muertos en combate. La Cierva, el político murciano que timoneaba el buque de Gobernación, censuraba torpemente los partes dolorosos, intentando crear una imagen falsa de lo que allí acontecía. La Prensa de la oposición atacaba violentamente lo que consideraba «jugar sucio». El ambiente se caldeaba a medida que pasaban aquellas horas de espera y desesperanza.

El sábado, día 24, transcurría lento. Todo el mundo consideraba inminente el estallido de la huelga. Habían cesado los alborotos y se respiraba un aire de nerviosa expectación. Un calor plomizo contribuía a elevar el tono de general tensión. Las consignas de los huelguistas iban llegando a todos los puntos del Principado y a otros muchos del resto de España. Los periódicos de izquierda recogían en sus páginas, mezcladas con el aluvión de noticias frívolas, comentarios en los que acusaban de tiránico, obsesivo e insoportable el Gobierno de don Antonio Maura. La Prensa moderada observaba una actitud contemporalizada; pero la de izquierda se permitía alusiones, cada vez menos veladas, a lo que se avecinaba:

*El día de Sant Jaume
de l'any 35
hi va haver gran gresca
dintre del toril.
Van sortir set toros,
tost van ser dolents.
Aixó va ser la causa
de cremar els convents.*

Aquella copla popular que rememoraba un triste día de Santiago era recogida por «El Progreso» de manera un tanto provocativa: el próximo domingo habría también corrida de toros. Posiblemente, los redactores del demagógico periódico solamente pretendieron hacer un chiste. ¡Aquellos barceloneses que en el año 1835 habían quemado los conventos simplemente porque el sopor de la corrida excitó los ánimos eran muy distintos a los cultos ciudadanos de 1909! Muy pronto habían de darse cuenta los anticlericales de «El Progreso» que en cualquier época resulta peligroso excitar a la fiera.

El domingo 25 fue dedicado a preparar la huelga. Reinó la tranquilidad más absoluta. El día siguiente se anunciaba preñado de malos presagios. Sólo faltaban unas horas para que se despejaran las dudas. Aquella noche Barcelona durmió ansiosa y expectante, envuelta en un sepulcral silencio.

Comienza la huelga.

A las siete de la mañana, el monocorde ruido de los carrromatos madrugadores despertó a la ciudad como cada día. La brisa mediterránea levantaba un suave fresco vientecillo que se iba haciendo más cálido a medida que avanzaba la mañana. Los primeros obreros, con los ojos somnolientos, empiezan a salir de sus casas con dirección al trabajo. Caminan despacio. Los delegados, socialistas y anarquistas, hacen circular la orden de huelga general. En las fábricas, en los talleres, en las tiendas, los encargados dudan entre abrir o no las puertas. Las noticias se van extendiendo hasta los más apartados rincones; en todas partes son recibidas con entusiasmo. Las mujeres son las que se muestran más arriscadas; son los maridos, acaso, los que piensan en el salario que va a faltar, en las posibles malas consecuencias que pueda traer la protesta.

Pero nadie se opuso a la huelga. Todos, con mayor o menor complacencia, se incorporaron a la misma. La mañana transcurría pacífica. Algunas tiendas incluso abrieron sus puertas. Las fábricas, pocas, que habían comenzado a trabajar iban cerrando una tras otra, según pasaban las horas. Muchos empresarios, temerosos, tomaron por propia cuenta la decisión del cierre.

La protesta parecía tomar un aire de pacífica y serena reprobación colectiva. Los obreros, agrupados en corros por las calles céntricas, charlaban animadamente. Los huelguistas más entusiastas, entre los que, tal como hemos dicho, se contaban las mujeres, lucían un lacito blanco en el pecho en señal de protesta pacífica; iban de un lado a otro como movidos por una irreprimible inquietud.

El único problema, como todos sabían muy bien y especialmente la comisión encargada de preparar la huelga, lo plantearían los obreros de la Compañía de tranvías. Los tranviarios, que hasta hacía poco habían sido los jefes de fila en todas las reivindicaciones colectivas, constituían ahora un cuerpo eminentemente retardatorio. La razón de este hecho tenía una explicación muy simple: Foronda, el director de la Compañía, era diputado cunero por Murcia, patria chica de La Cierva, y había reclutado la mayoría de sus empleados en tierras murcianas.

Los huelguistas invitaron a los tranviarios a que interrumpieran su chirriante recorrido por las calles. La negativa de los requeridos hizo que se excitasen los ánimos, hasta entonces tranquilos, de los huelguistas. En los grupos comenzaron a dejarse oír voces que reclamaban el inmediato cese del servicio, por las buenas o por las malas.

Por las calles apenas transitaban algunas diseminadas parejas de Seguridad. Empezaron a llover las piedras sobre los tranvías. Los uniformes de los guardias comenzaron a verse con más frecuencia, mientras los tranviarios aguantaban estoicamente las pedradas. La muchedumbre se mostraba cada vez más enfurecida: «¡Abajo Foronda!». «¡Abajo la guerra!». «¡Muera Maura!». Las mujeres azuzaban a sus hombres, y éstos intentaban derribar los tranvías. Alguno cayó con estrépito. En medio del escándalo ensordecedor se hacía cada vez más difícil individualizar los gritos de protesta. La masa rodeaba los carruajes, mientras algunos revoltosos intentaban derribar los cables del tendido eléctrico. Un nuevo refuerzo de guardias montados y a pie sembró el pánico y la confusión. Las salvas de la Fuerza Pública lograron al fin que la multitud se desperdigase.

La violencia había acabado por mostrar su tétrico semblante. A partir de aquel momento ya todo era posible. Pese a que la circulación de los tranvías quedó interrumpido antes del mediodía, el ánimo popular estaba ya exaltado.

¿Cómo iba a reaccionar el Gobierno? ¿Qué medidas tomaría ante los disturbios? A mediodía, la Junta de Autoridades se reúne en el Gobierno Civil. Las decisiones que allí se tomaron habrían de contribuir de un modo decisivo en el desarrollo de la Semana Trágica. Ossorio había comunicado inmediatamente a La Cierva lo que acontecía en Barcelona. El Ministro de la Gobernación, ni corto ni perezoso, había contestado ordenándole declarar el estado de guerra. Ossorio no las tenía todas consigo: su opinión era que proclamar el estado de sitio en aquellas circunstancias constituía una medida improcedente. Pero la opinión de la mayoría fue contraria a la del Gobernador. Don Luis de Santiago, Capitán General, acabó saliéndose con la suya, y Ossorio presentó la dimisión (3). La reunión había durado escasamente media hora. Media hora que posiblemente decidió la suerte que iban a seguir los acontecimientos.

Decretado el estado de guerra, la tropa hizo acto de presencia en la calle. ¿Pensaban las autoridades que la vista de los uniformes bastaría para intimidar a los huelguistas? ¡Era desconocer el punto de ebullición a que había llegado el espíritu de los revoltosos! Aquella misma tarde, al leer el bando que hizo proclamar don Luis de Santiago, los barceloneses pudieron enterarse de la escalada gubernamental:

«Don Luis de Santiago y Menescua, Teniente general de los Ejércitos nacionales y Capitán General de la Cuarta Región,

Hago saber: Que habiendo asumido el mando de la autoridad civil de esta provincia, cumplidas las formalidades de la Ley de Orden Público y haciendo uso de las atribuciones que me confieren las Reales ordenanzas y el Código de Justicia Militar,

Ordeno y mando:

Artículo 1.º): Queda declarado el Estado de Guerra en el territorio de la provincia de Barcelona.

(3) «Cuando hace dos años y medio V. E. me honró encargándome el mando de esta provincia, me hice a mí mismo la promesa de dimitir en el instante en que tuviera que resignarme en la autoridad militar»: Oficio de Ossorio a Maura. Barcelona, 26 de julio de 1909.

Artículo 2.º): Se intimidará a los grupos que se formen en la vía pública para que se disuelvan inmediatamente, en inteligencia que, de no hacerlo así, serán dispersados por la fuerza pública.

Artículo 3.º): Queda reservado a mi autoridad el conocimiento de cuantos delitos afecten al orden público, en sentido político o social, pudiendo sus autores ser juzgados en juicio sumarísimo.

Artículo 4.º): Serán considerados como reos de sedición los que publiquen noticias o conceptos que en cualquier forma tiendan contra la libertad de trabajo, causen desperfectos en las vías férreas, tranvías, líneas telegráficas, telefónicas y las conductoras de electricidad y cañerías o depósitos de agua o gas.

Artículo 5.º): Quedan sometidos a la previa censura las publicaciones por medio de la imprenta u otro medio mecánico de publicación, a cuyo efecto se remitirán con antelación conveniente dos ejemplares, en Barcelona al Estado Mayor de esta Capitanía General, y en las demás localidades, a los Comandantes Militares.

Artículo 6.º): Los individuos del Ejército con licencia limitada y los que pertenecen a las reservas serán considerados como militares en servicio activo y juzgados con sujeción al Código de Justicia Militar por los delitos comprendidos en este bando.

Barceloneses: Habiendo asumido por primera vez el mando de la provincia, estoy resuelto a que no se altere en ella ni en esta hermosa capital el orden público, esperando de vuestra sensatez y cordura a que coopereis. A este fin, en la inteligencia de que REPRIMIRE CON EL MAYOR VIGOR Y ENERGIA CUALQUIER DESORDEN que se produzca, exhortando a los ciudadanos pacíficos a que, llegado el caso de hacer uso de la fuerza se retiren de los sitios públicos, si no quieren sufrir dolorosas pero inevitables consecuencias».

¡Cooperación! Realmente, los comienzos de don Luis de Santiago como árbitro de la situación no dejaban entrever muchas esperanzas. La reacción popular fue inmediata: destrozo sistemático de los bandos, gritos de «¡Abajo la guerra!» proferidos con rabia incontenible. Aquellas violentas manifestaciones de protesta pronto aludieron al propio Ejército. Este permaneció durante bastante tiempo en callada y estática postura. Parecía que se había establecido entre pueblo y Ejército una especie de tácito compromiso. A los oficiales empezaron a preocuparles ciertas muestras de indisciplina que se dieron entre la tropa.

Los periódicos habían suspendido su salida. Las noticias que llegaban de uno y otro punto eran contradictorias; sobre todo, lo ocurrido en Pueblo Nuevo era objeto de los rumores que, procedentes de Melilla, hablaban de soldados pasados por las armas en el momento de desembarcar por haber gritado «¡Abajo la guerra!».

Pero una cosa era cierta: en todo el Principado la huelga iba resultando un éxito; en algunas localidades los huelguistas se habían incluso apoderado de los resortes del mando.

¿Qué pasaría al día siguiente? Toda Barcelona se hacía esta pregunta en la noche del 26 de julio.

Los desórdenes.

El martes 27 amaneció cálido y sereno. El giro violento que los acontecimientos habían empezado a tomar, a partir del mediodía del 26, aconsejaron a los dirigentes de la sedición organizar y replanear sus tácticas. Empezando a notarse una absoluta falta de conciencia colectiva en los primeros espasmos de aquella convulsión violenta. Urgía canalizar el movimiento. Pero, ¿quién se mostraría dispuesto a asumir la responsabilidad? ¿Qué carácter había que darse a lo que ya era una sedición en forma? Ninguno se decidía. Los lerrouxistas, sin Lerroux (a la sazón se encontraba en América del Sur), se lavaban las manos; los republicanos rehuían asimismo una intervención ordenadora y dirigente. Daba la impresión de que la huelga quedaría abandonada a sus propias fuerzas. Lo que en último término aconteciera sería debido a la espontaneidad, más o menos galvanizada, de un pueblo descontento y excitado.

El 26 de julio se inicia la huelga en los talleres de la Hispano-Suiza, propagándose con bastante rapidez a otras fábricas y talleres de todos los barrios barceloneses. Desde los primeros momentos, los hechos tienen el carácter de una huelga para reivindicar una mejora de salarios, pero al propio tiempo una huelga general revolucionaria, con tiroteos, asaltos, incendios y tranvías volcados.

El mismo día 26, por la tarde, ya están en huelga en Sabadell, Mataró, Granollers, Manresa y Tarrasa, con voladura de puentes, levantamiento de vías férreas y otros actos que obligan al Gobierno de Madrid a declarar el estado de guerra, a lo que se opone el entonces Gobernador civil de la provincia, Ossorio y Gallardo, hasta el extremo de dimitir antes de someterse al mando militar.

A mediodía del 27, Barcelona, vista desde El Tibidabo, la graciosa colina que preside la ciudad, es un hervidero de columnas de humo de los incendios. Voladas las instalaciones eléctricas, la noche del 27, Barcelona la pasa a oscuras, iluminada sólo por los disparos y las explosiones, o los rescoldos de los incendios de la tarde. En la mañana del 28, la ciudad parece muerta: las tiendas con los cierres echados, tranvías reventados, cristales por las aceras, y casi todos los 7.000 faroles de alumbrado público, rotos. El Ministro de la Gobernación, La Cierva, envía 1.100 guardias civiles y desde Valencia es trasladado un Regimiento de Caballería. El 30 son practicadas más de 3.500 detenciones, iniciándose 1.700 procesos, de los cuales encausará la jurisdicción de guerra 740 casos. La Guardia Civil y el Ejército se harán, por fin, dueños de la situación, pero toda España quedará sobrecogida; el año 9 será ya, para siempre, el de la Semana Trágica.

Las primeras horas de la mañana del miércoles 28, al igual que en los días anteriores, fueron de relativa calma, que las amas de casa aprovecharon para repostarse de víveres. La gente se arremolinaba en



De la violencia de los desórdenes da viva muestra el estado en que quedó el convento de los Franciscanos de Granollers

las calles para leer el nuevo bando que había dado a la luz pública don Luis de Santiago. El texto era todavía más severo que el anterior:

«Artículo 1.º: Se intima a cuantas personas ocupan las calles de esta ciudad a que se disuelvan y se retiren a sus casas, en la inteligencia de que, si no lo efectúan así se hará fuego sobre ellas sin intimación alguna, cualquiera que sean los gritos que se profieran, aun cuando fueran de ¡viva el Ejército! u otros análogos.

Artículo 2.º: Se prohíbe asimismo la permanencia del público en los balcones, terrazas y azoteas y que profieran los gritos a que se refiere el artículo anterior, debiendo permanecer en adelante despejada la vía pública, pues se hará fuego a los grupos que la intercepten.

Artículo 3.º: Se exigirá responsabilidad a los inquilinos de las casas desde las cuales se hostilice a las fuerzas del Ejército o se profiera cualquier clase de gritos.

Artículo 4.º: Este bando empezará a regir desde las nueve de la mañana de hoy».

Efectivamente, a partir de las nueve de la mañana arreció el tiroteo que se cruzaba entre la Fuerza Pública, las Unidades del Ejército y los «rebeldes», que parecían dispuestos a defender sus barricadas al precio que fuese. Las calles aparecían desiertas, salvo en aquellos lugares ocupados por la Fuerza Pública y los puntos donde la resistencia persistía. Desde las azoteas, desde los balcones, desde muchas casas, seguía disparando. La violencia de la lucha no cedía y los heridos se amontonaban. Nuevos grupos de revoltosos se apiñaban otra vez en torno a los conventos y se producen otros incendios. La batalla se hace cada vez más encarnizada. La muchedumbre, presa de un auténtico delirio, no cesa en su impulso destructor; se hace necesario el empleo

de la artillería en algunos puntos claves de la ciudad, como Pueblo Nuevo y El Paralelo.

Nada se salva: objetos, valores, estatuas, dinero; todo es pasto de las llamas. En algunas ocasiones se prende fuego por segunda vez ya destruido el día anterior. Las turbas, en su frenesí de locura, llegan a los últimos excesos; hoy se diría que en un afán por batir sus propias marcas: un grupo numeroso se introduce en el cementerio del convento de las Jerónimas y desentierra los cadáveres de las religiosas.

Por Barcelona había corrido en tiempos una macabra leyenda: según tales voces, en aquel convento las religiosas eran bárbaramente torturadas, incluso algunas habían sido enterradas vivas. Una obra de Jaime Piquet en verso, «La monja en vida», había contribuido a crear entre el bajo pueblo aquella imagen comúnmente aceptada. Una vez desenterradas 14 venerables momias, se inicia con ellas un fúnebre paseo por las calles de la ciudad. Muchos se van uniendo al paso de la horrenda comitiva y llega a formarse una auténtica manifestación.

Pero, ¿a qué abismo podía conducir aquella alienación colectiva? Porque se había llegado a un punto prácticamente irrebasable, con toda la población barcelonesa al borde del colapso depresivo.

La sedición, abandonada asimismo, huérfana de dirección, va perdiendo su fuerza dinámica; pero en tales casos los últimos coletazos son los más de temer. Y así ocurrió en la Semana Trágica de Barcelona; una revuelta que degeneraba en un dantesco cuadro de dramática incoherencia. El Ejército actuaba cada vez con mayor energía, ayudado por los refuerzos que eran enviados de todos los puntos de la Península. Las detenciones, los registros, los muertos y heridos tirados en las calles asomando por el borde de las barricadas; la Cruz Roja sin darse un punto de reposo... Verdaderamente, era absurdo pensar que aquello pudiera seguir por mucho tiempo. El miércoles se luchó con mayor ferocidad que nunca; pero el espectáculo macabro que habían ofrecido en las calles barcelonesas los «rebeldes» se volvía contra ellos amenazadoramente. Al margen del miedo, del instinto de conservación, la ciudad entera sentíase indignada por el espectáculo pavoroso, por el aquelarre digno del pincel de Goya, a que se habían entregado las turbas.

Por la noche, la ciudad cayó en el sopor del agotamiento. De vez en cuando llegaba el eco de unos disparos aislados. Las horas de la revuelta estaban contadas. A los sediciosos les quedaba una sola esperanza: que la huelga general se corriese al resto de la Península.

El jueves se repitieron las mismas escenas de los días anteriores: la tregua matinal fue otra vez aprovechada para atender el aprovisionamiento de víveres, y a las nueve de la mañana se reanudó el consabido tiroteo. Pero la moral de las masas revolucionarias no era la misma: defendían su posición como arrastradas por la inercia, pero mostrando un creciente desánimo. Algunos grupos insistieron en el ataque a las armerías. En uno de estos esporádicos accesos se apoderaron de 200 carabinas y de ingente cantidad de municiones.

Pero los propios revolucionarios se daban cuenta de que resultaba inútil prolongar la resistencia. A Barcelona seguían llegando refuerzos. Estas tropas mostraban una actitud radicalmente distinta a las del Ejército de guarnición en Barcelona. Los nuevos combatientes no se mostraban dispuestos a sostener ninguna comunicación con las turbas, como no fuese a tiro limpio.

El movimiento declinaba indefectiblemente. El cansancio parecía apoderarse de todos. Las noticias, escasas, que llegaban del resto de la Península no dejaban ni un resquicio de esperanza a las ilusiones de los rebeldes, España los había dejado solos en su protesta. La Cierva había actuado muy hábilmente. Sabedor de la mala Prensa que tenía el separatismo achacó al movimiento un carácter catalanista, y todos en el resto de la Península, incluso los socialistas y republicanos, cayeron en la treta del Ministro de la Gobernación. Fuera del Principado no se dio un solo caso de rebelión. La suerte de los revolucionarios estaba echada.

Entretanto, el Ejército iba recuperando el control de las calles. La represión se hacía más y más enérgica en manos de una tropa no afectada por el desmoralizador ambiente barcelonés. La Fuerza Pública iba tomando uno a uno los puntos estratégicos de la ciudad. La Rambla entera estaba en su poder. Sólo algunas barricadas dispersas por toda la ciudad seguían resistiendo.

En la noche del jueves se respiraba entre los sediciosos una atmósfera de total derrota y abatimiento. El movimiento daba las últimas boqueadas. El viernes desapareció toda sombra de duda. La revuelta estaba vencida. La lucha adquiría caracteres casi ingenuos. Al margen de la razón y de la sinrazón de cada bando, parecía el combate entre un David impotente y un Goliat cuyas energías aumentaban paulatinamente. En un último esfuerzo, los rebeldes arreciaron el tiroteo desde las terrazas y azoteas. Luego, a la desesperada ya, intentaron prender de nuevo fuego a los últimos conventos. Pero la Fuerza Pública disolvió los grupos sin dificultad.

La ciudad recobraba su aspecto habitual. La calma, la tranquilidad iban restableciéndose. La gente salía a la calle en busca de noticias, llevando en el rostro la marca de las pasadas angustias. Los periódicos de la capital seguían sin aparecer, y el público habría de conformarse con la información de segunda mano que traían los diarios de fuera.

En la noche del viernes, Barcelona parece una ciudad muerta. La oscuridad contribuye a producir aquella sensación. El gas faltaba desde hacía dos días y sólo algunas calles aparecían débilmente iluminadas por tenue resplandor del alumbrado eléctrico. «Por la noche dice Gaziol recordando aquella jornada—, Barcelona daba miedo, con sus calles desiertas, sucias y oscuras como boca de lobo».

El sábado, día 31, la normalidad había retornado casi por completo. Las barricadas de los barrios extremos cesaron su resistencia. Los rebeldes disparaban aún, pero muy de tarde en tarde. Aquel día se produjeron las últimas bajas: seis revoltosos de un grupo que todavía intentaban asaltar un convento hicieron frente a las fuerzas de la Guardia Civil que se encontraba de servicio siendo abatidos a tiros.

Y a mediodía se produce un hecho que acaba con las últimas veleidades de resistencia: los fabricantes anuncian que los jornales correspondientes a la Semana Sangrienta serán pagados a todos los que vuelvan el lunes a su trabajo. Ninguno de los levantiscos esperaba aquella especie de aguinaldo. Ya quedan atrás los recuerdos de unos días dramáticos, de los muertos abandonados en el arroyo, de las llamas consumiendo los conventos, de una batalla perdida de antemano.

Por la tarde los locales públicos abren sus puertas, las gentes pasean su pena y su miedo, los carruajes circulan por una ciudad extraña y ambigua. En la memoria de los barceloneses quedarán grabadas para siempre la imagen de los días terribles; los venideros serán de silencio, soledad y angustia.



Ejército y Guardia Civil se mantuvieron en constante estado de alerta patrullando las calles barcelonesas

El domingo, primer día de agosto, el calor es achicharrante. En su faz recuperada la ciudad presenta un patético aspecto. Es un domingo muy extraño: la alegría y el dolor se mezcla formando un todo. Se comenta en voz baja el número de víctimas, el balance trágico de los días pasados. La gente esperaba ansiosa la aparición de los diarios; pero éstos tardarán un día más en salir a la calle. Los tranvías empiezan a circular regularmente. Durante toda la semana se practican registros y detenciones. La pesadilla parecía haber concluido. Don Juan Coll y Pujol, alcalde de Barcelona, publicó aquel primer domingo de agosto el siguiente bando:

«Después de seis días de luto para Barcelona ha quedado restablecida la paz material y las calles de la ciudad, dominadas por la tristeza y las desgracias del motín vuelven al aspecto normal por todos tan ansiado.

»Pero no es esto suficiente, la paz moral, tan necesaria como la paz material para la vida de los pueblos, ha de quedar asimismo asegurada, volviendo todos sus ciudadanos a sus habituales ocupaciones. Para conseguirlo, esta Alcaldía ha convocado a las fuerzas vivas de Barcelona, representadas por las Sociedades Fomento del Trabajo Nacional, Sociedad Económica de Amigos del País, Cámara de Comercio, Círculo de la Unión Mercantil, Liga de Defensa Industrial y Comercial, Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, Sociedad Mutua de Fabricantes y Ateneo Barcelonés, y con satisfacción hace saber al pueblo que mañana, lunes, quedarán abiertos fábricas y establecimientos para reanudar el interrumpido trabajo.

»Espera esta Alcaldía que los obreros responderán a este llamamiento. La normalidad, tan necesaria para todos, es aún más precisa para ellos, ya que, de continuar esta situación, la ruina de nuestra querida ciudad haría sus primeras víctimas entre aquellos que sólo de su trabajo cotidiano viven.

»Confía también la Alcaldía que todos los habitantes de Barcelona contribuirán con sus energías a la patriótica obra de atenuar los efectos del rudo golpe que a la ciudad se ha inferido, a fin de que con el esfuerzo de todos sea posible olvidar los tristes días pasados y lograr que Barcelona no quede rezagada en la vía del progreso que, a pesar de sus elementos perturbadores, tiene emprendida».

Aquel bando, cuyas palabras eran mucho más contemporizadoras que las empleadas por el Capitán General, no cayó mal en el ánimo popular.

A medida que transcurría el domingo, el aire de la ciudad fue vistiéndose de fiesta. Al final, el alegre estruendo dominical se sobrepuso a los sombríos recuerdos de las jornadas de sangre y muerte.

Al día siguiente, el trabajo se reanudó en la forma más pacífica. Toda una masa obrera acudió a sus puestos de labor, ansiosa por liberarse de la tensa situación anterior. Los periódicos aparecieron tras una semana de riguroso silencio. Pero, en lugar de publicar versiones originales y subjetivas de lo ocurrido, se limitaron a insertar los partes oficiales. Según éstos, el número de muertos hallados hasta el momento ascendía hasta 68, de ellos tres religiosos, y el de los heridos que se encontraron en los hospitales a 126. Las bajas de las fuerzas públicas fueron 3 muertos y 26 heridos.

Estos datos oficiales no eran, evidentemente, definitivos. ¿Cuál fue, verdaderamente, el número de muertos? No se sabe de cierto. Salvador Canals sostiene que el Ejército tuvo 6 muertos, 65 heridos y 41 contusos; entre los paisanos, según él, 100 muertos y 390 heridos. Paulis y Sorel, mauristas, dan una cifra aproximadamente igual a la de Canals: 102 muertos y 320 heridos entre los paisanos.

Otras fuentes dan como número de víctimas la siguiente: murieron 104 civiles, entre rebeldes y mirones. De ellos, 6 mujeres. En las clínicas, 296 personas por lo menos fueron atendidas por heridas. Por parte de la autoridad, la Guardia Civil sufrió con mucha diferencia el

número relativamente más elevado de bajas: 2 muertos y 49 heridos. Del Ejército, entre soldados y oficiales, se contaron 5 muertos, 48 heridos y 45 contusos. Murió un guardia de Seguridad y fueron heridos 23. Del Cuerpo de Vigilancia Municipal murió un agente y fueron heridos cinco (4).

Por lo que hace a edificios incendiados, se puede establecer el siguiente balance:

Iglesias	17
Conventos	23
Asilos y análogos	4
Colegios	16
	<hr/>
TOTAL	60 (5)

Las prisiones estaban abarrotadas, las detenciones y registros proseguían. La enérgica represión del Capitán General no había dicho aún la última palabra. Aquel mismo día se celebró en el Cuartel de Atarazanas el primer Consejo de Guerra sumarísimo. Ramón Baldera y Aznar fue condenado a cadena perpetua. Había comenzado la etapa de liquidación de la crisis.

La represión a que se lanzó el Gobierno fue severísima: muchísimas detenciones, registros a barullo, búsquedas... Después del desorden, el orden; después de la guerra, la paz. Pero la calma, el orden y la paz auténtica tardarán mucho en reinar. Porque, según decía Rousseau, también hay paz en el calabozo, y en Barcelona, los calabozos se hallaban atiborrados de presos (6), y muchos hogares se hallaban sumidos en la angustia y en la desesperanza. Aquella paz era una paz frustrada. Amadeo Hurtado rememoró así los días que siguieron a la Semana Trágica:

«Una vez calmada la tempestad, el espíritu público se levanta rencoroso y vengativo contra los ignorados, contra los causantes de unos días de inquietud y de tortura. Querían que la represión fuera severa hasta dejar el rastro de un escarmiento». Las comodonas "gentes de orden" esperaban que mediante una buena represión se diera fin a medio siglo de continuas inquietudes; las autoridades se encargarían de echar el telón sobre cincuenta años de malestar y angustia. Muchos periódicos (no sólo los de derechas) hablaban acaloradamente del horror que impregnó aquellos días de lágrimas y luto.

(4) Las bajas militares, en telegrama, del Capitán General de Cataluña al Ministro de la Guerra, de fecha 5 de agosto de 1909.

(5) La policía mandó la lista de los destrozos, por barrios, que figura en el archivo Moret.

(6) Once años después, el 20 de septiembre de 1920, al crearse la Legión, el primer contingente de voluntarios que arribó a Ceuta procedente del Banderín de Barcelona eran 400 anarquistas, resto de los huelguistas detenidos con motivo de la Semana Trágica.

Los informes oficiales.

Es interesante conocer los informes de primera mano del Gobernador civil de la ciudad y del Capitán General de la 4.^a Región. Desbrozados mentalmente del natural apasionamiento, constituyen documentos importantísimos. El informe del Gobernador, Ossorio y Gallardo, liberal que acabará republicano, dice entre otras cosas: «La sedición no ha tenido unidad de pensamiento, ni homogeneidad de acción, ni caudillo que la personificara, ni tribuno que la enardeciese, ni grito que la concretase. En cada calle se vociferaban cosas distintas y se batallaba con diferentes miras».

Con esto que coinciden las declaraciones de Puig y Cadafalch en «La Epoca», del 17 de noviembre siguiente: «Característica del movimiento, digna de ser registrada, es que los sediciosos no gritaban nada; no tenían bandera, no proclamaban ningún principio político ni social. En la sedición de Barcelona sólo se oyeron vivas a la República y algunos a Lerroux. Se han recogido pasquines. En ellos se invita al saqueo y al incendio. Hablan también de cierta idea de reparto, de comunismo».

Las comunicaciones del Capitán General son extensas, pero no tienen desperdicio:

«Poco después del mediodía del 26 pasado, el Gobernador civil de esta provincia resignó el mando en mi autoridad, previa la reunión prevenida por la Ley de Orden Público, a consecuencia de haberse declarado la huelga general, ya cortadas en varios trayectos las líneas férreas de Sabadell y Tarrasa y gran parte de las comunicaciones telegráficas. Dispuse inmediatamente el acuartelamiento de las fuerzas; ordené la venida del Regimiento de Infantería de Almansa y del de Caballería de Treviño, y publiqué el bando declarando el estado de guerra. La lenta incorporación de los licenciados hizo que de momento fueran muy contadas las fuerzas de que disponía, máxime si se relacionaban con la extensa superficie de la población y con el imponente número de su masa obrera. Los Regimientos de Vergara y Alcántara apenas sumaban en conjunto 500 hombres disponibles; la Brigada de Dragones, 600; el 4.^o Mixto de Ingenieros, 200; la Artillería de plaza, 100, y la Guardia Civil, montada y a pie, unos 700. No eran aún de tener en cuenta las fuerzas de Seguridad porque, no señalado a la sazón el carácter vandálico del movimiento que el rumor público estimaba como pacífico y de corta duración para el solo hecho de protestar de la guerra, desempeñaban en lo posible su peculiar cometido. Ellas y la Guardia Civil sostuvieron las primeras colisiones. Frente a esta Capitanía General, por el paseo de Colón, sobre las cuatro de la tarde, se reunió crecido número de revoltosos, que fue disuelto a tiros por algunos guardias del Cuerpo de Seguridad, haciendo tres heridos. En el Clot resultaron contusos un oficial y tres guardias, así como de la Guardia Civil un sargento y un guardia, haciendo entre ambas fuerzas tres muertos y varios heridos. La guarnición del castillo de Montjuich era reducidísima. Por la importancia de la posición y circunstancias que debían prevenirse, reforcé aquélla con una sección de Ingenieros y otra de Artillería

de plaza. Fueron armados y acuartelados los obreros del Parque de Artillería; se efectuó con protección el embarco de los rezagados de Cazadores para Melilla y separadamente el de un envío de municiones.

»**Día 27.** Desde el día anterior encargué del mando de las fuerzas de Atarazanas al General Bonet. Las de Ingenieros se dedicaron a quitar obstáculos para restablecer la circulación por el Paralelo, a deshacer barricadas en las calles entre Santa Madrona y Conde de Asalto; clausurar los Centros Autonomistas y Radical, y sofocar un incendio en la iglesia de San Pablo y su rectoría, logrando salvar la primera, aislar la segunda y evitar la propagación. El Cuerpo de Seguridad fue agregado a las fuerzas del General Bonet y, después de dejar 15 hombres de cada delegación, reunió toda la fuerza en la Rambla del Centro, cubriendo el servicio de la misma e impidiendo que en ella afluyesen o se formasen grupos, permaneciendo la fuerza sin alimentarse hasta las dos de la madrugada. En Hostafranch, la Guardia Civil fue agredida a pedradas. Respondió con fuego, hiriendo a dos paisanos. La presencia del General Brandeis, que hizo salir un Escuadrón que tenía en retén, restableció el orden. Para apreciar por propio criterio la situación recorrí con pequeña escolta diferentes puntos de la capital, comenzando por el Paralelo y terminando por Pueblo Nuevo. En ambos puntos fui hostilizado con fuego, al que tuvo que responder mi escolta. En Paralelo encontré al General Brandeis, que me acompañó durante mi paso por



Alfonso XIII en Taxdir (Marruecos) en 1909. La recluta de hombres para la guerra de Africa sería el principal motivo del estallido de la Semana Trágica

su zona. Después Brandeis hizo que una sección montada diese una carga por la calle de Poniente para impedir la construcción de una barricada. De momento se dispersó el público. Más tarde se construyeron varias y, al intentar el General Brandeis que las ocupara un Capitán de la Guardia Civil con 25 guardias, desde ventanas y terrazas fue tiroteada la fuerza, recibiendo además una lluvia de tiestos, maderos y adoquines, ordenando en consecuencia Brandeis que se hiciese fuego a todo el que se asomara. Un Escuadrón de Numancia y una sección montada de la Guardia Civil tropezaron en la calle Mayor de Gracia con una enorme barricada, desde la que se les hizo frente. Echaron pie a tierra y, cubriéndose y cubriendo los caballos, sostuvieron bastante tiempo el fuego, siendo heridos un sargento y un soldado de Numancia. Ordené que fuese a aquel punto el General Brandeis, enviándole una Compañía de Alcántara, de las que fueron relevadas de la Casa del Pueblo. Apenas llegó dicho General, dispuso que los caballos fueran retirados a la Diagonal y que con corto número de tiradores se sostuviese el combate para dar lugar a la llegada de la Infantería. Presente ésta, dispuso que parte de ella tomara los dos terrados más altos de la derecha e izquierda de la calle, que otra parte hiciese un movimiento envolvente por una de las bocacalles de la izquierda y, a prevención de que fuesen necesarias, me pidió dos piezas de artillería, que inmediatamente le fueron enviadas. Los revoltosos, entretanto, abandonaron la barricada. Dos Compañías de Almansa, mandadas por su Teniente Coronel, recorrieron diferentes calles, de las Ramblas a las Rondas y el Paralelo. Todas llegaron tarde para impedir la destrucción del convento de las Jerónimas, iglesia y convento de los Escolapios e iglesia de San Pablo. Vencieron sin resistencia los numerosos obstáculos levantados en las calles del Carmen, Hospital, San Pablo y Conde de Asalto. Los revoltosos que se tiroteaban con la Guardia Civil cesaron su fuego. Diversos Escuadrones estuvieron en constante ir y venir por órdenes directas de mi autoridad durante todo el día, y muy especialmente durante la noche, para impedir o contener los incendios. La mayoría de ellos estuvieron en continuo servicio, sin un momento de descanso durante cuarenta y ocho horas. Desde el amanecer de este día, de todas partes se pedían auxilios para garantía de vida e intereses públicos y privados. Se atendió en lo que cupo lo más imperioso, guardándose con pequeños núcleos, a veces de cuatro hombres de Infantería, Guardia Civil y Seguridad, además de las fábricas de gas y electricidad, la Marítima Terrestre, las estaciones férreas, las de Telégrafos y Teléfonos, varios establecimientos de crédito, el convento de Jesuitas de la calle de Caspe, y otros. La situación era, por demás, angustiosa, por la imposibilidad material, aun a costa de los mayores sacrificios, de atender a todo y a todos. En vista de la actitud de los revoltosos ordené para la madrugada del siguiente día la publicación de un bando, previniendo que se haría fuego, sin previo aviso, sobre los grupos que interceptaran la vía pública; y para ahorrar fatigas y retraso en la transmisión de órdenes, distribuí en cinco zonas la capital, las fuerzas en la forma que indica el adjunto estado, comunicado verbalmente y por escrito a cuantos Generales y Jefes interesaba a las doce

de la noche, a fin de que al amanecer se constituyesen y comenzara su funcionamiento, prometiéndome ir las nutriendo más, según las necesidades, con las fuerzas que V. E. tenía a bien enviarme.

»**Día 28. Atarazanas.** Del Escuadrón de Trevio, un Escuadrón marchó a custodiar el convento de las Adoratrices, que estaba amagado de incendio. Este Cuerpo destacó varias fuerzas a pie, armadas con carabina, para destruir barricadas y contener a los revoltosos en las calles inmediatas al Cuartel, sosteniendo fuego en la de Conde de Asalto, siendo herido gravísimo un cabo y leve un soldado. Salió una Compañía de Ingenieros para auxiliar al Escuadrón de Seguridad que se hallaba rodeado de revoltosos en su ordinario alojamiento de Pueblo Seco. Acudió también en auxilio de la Artillería a pie, que sostenía tiroteo en las inmediaciones de Atarazanas. Otra Compañía sostuvo fuego en la calle del Conde de Asalto y en la de San Ramón, haciendo abandonar las barricadas, y después de cinco horas de fuego, que se le hizo con "Remington" desde las casas, logró apagarlo, teniendo los nuestros un herido grave y otro leve, y los revoltosos tres muertos y cinco heridos. Se auxilió también al personal de Vigilancia y Seguridad de la Delegación de Atarazanas, que había sido atacada rudamente, logrando que saliera el personal y se salvara el armamento, municiones y documentación, que se condujeron al Parque. Se hicieron varios reconocimientos en las calles del Dormitorio y Montserrat con tiroteos sin bajas, y encontrando tres "Remington". A las tres de la tarde se oyó el estallido de una bomba e inmediatamente sufrió el Cuartel un vivo tiroteo desde edificios dominantes, que fue contestado y apoyado enérgicamente por las fuerzas de Artillería y Seguridad. Durante la noche siguió la vigilancia. Un corneta de Artillería, encontrándose en la calle de Mediodía, algo distanciado de las fuerzas de vigilancia, fue agredido por disparos frecuentes y botellas de líquido corrosivo; sin abandonar su puesto, tocó llamada al paso ligero y consiguió que se acudiera en su socorro y se rechazara la agresión.

»**Primera zona.** El General Mora distribuyó sus fuerzas en cuatro núcleos. A las once destacó una sección de Vergara del núcleo del Paralelo para evitar el incendio del Cuartel de Veteranos de la Libertad, no llegando a tiempo de impedirlo. Poco después salió también del mismo núcleo otra sección con un Capitán y un Teniente, con objeto de impedir que los revoltosos se apoderaran de la Delegación de Policía de la calle del Conde de Asalto, habiendo sostenido combate, que nos produjo un soldado muerto, un cabo y tres soldados heridos. Todas las fuerzas se vieron hostilizadas constantemente desde terrados y habitaciones altas de varias casas, siendo la agresión más insistente en el Paralelo, donde se usaban armas largas. Esto motivó que el General Mora pidiese dos piezas, que hicieron seis disparos sobre una casa del Paralelo y cuatro sobre otra de la de San Pablo, desde donde continuamente se tiroteaba. El fuego del cañón produjo el silencio y las piezas regresaron a las siete. En los otros núcleos, algunas fuerzas ocuparon varios terrados para vigilar y castigar a los que osaban disparar desde



Don Antonio Maura. A partir de 1909 el grito de «¡Abajo Maura!» se hizo casi unánime tras la Semana Trágica

ellos. Con una sección de Caballería, el General Mora recorrió al anochecer sus puestos, siendo tiroteado en varios puntos, resultando herido su caballo y dos más.

»**Segunda zona.** Ocuparon las Compañías el Palacio de Justicia, la plaza de Cataluña, la Rambla, en la esquina de la calle de Fernando, y la plaza de Medinaceli. Un Escuadrón vigiló desde el Salón de San Juan a la Barceloneta; otro estableció el contacto de las Compañías de Infantería. La primera Compañía mandó destacamentos para impedir el saqueo de las iglesias de San Pedro y San Cucufate, quemadas la noche anterior, y evitar el incendio de San Francisco, que logró. Otro pe-

queño núcleo evitó el incendio de la catedral. La segunda Compañía mandó destacamentos a los Juzgados Municipales y evitó el incendio del Seminario, desalojando con fuego a los revoltosos. La tercera Compañía impidió, con éxito, el incendio y saqueo del convento e iglesia de los Angeles, y a su regreso sostuvo ligero tiroteo. Por la noche se incorporó a las Casas Consistoriales. La cuarta Compañía también se replegó al Ayuntamiento, ocupando, a las ocho de la noche, las avenidas de la plaza de San Jaime, disolviendo grupos que se presentaron en las calles de Fernando y Call y apoderándose de 15 momias y algunos restos que conducían, procedentes de las Jerónimas. Treinta hombres de esta Compañía, a las órdenes del General Ruiz Rañoy, recorrieron por mi orden, en todos sentidos, a las nueve y treinta de la mañana, las calles comprendidas entre las de Carder y Princesa, disolviendo con fuego a los grupos formados y deteniendo a un individuo. Encontraron ardiendo las iglesias de Marcús, Agonizantes y Ayuda, donde quedó un Oficial con 12 hombres. El primer Escuadrón de Guardia Civil sostuvo fuego con los revoltosos situados en la manzana frente al Palacio de Justicia, produciéndole dos muertos y cuatro heridos. El segundo Escuadrón sustituyó a las Compañías de Infantería que se retiraron al Ayuntamiento en la vigilancia de las Ramblas e impidiendo la entrada en ellas de los revoltosos, contribuyendo a la defensa del Cuartel de la Guardia Civil, que fue atacado por la calle de las Arrepentidas, desde terrados y balcones que lo dominan.

»**Tercera zona.** Diversas fuerzas hacen varias aprehensiones en las iglesias y conventos incendiados de San Felipe Neri, Concepcionistas y Damas Negras. Un Escuadrón marchó a Sarriá, donde evitó, con fuego, el incendio del convento del Sagrado Corazón. Otro Escuadrón marchó a proteger el Seminario Conciliar, que empezaba a arder. Parte de esta fuerza protegió luego el convento de Loreto y Buen Pastor, entre Claris y Aragón.

»**Cuarta zona.** Se ocupó Badalona con un Escuadrón, San Andrés, por otro. El de la Guardia Civil quedó en el Clot; la Compañía de Asia, en los Cuatro Caminos de la carretera de Badalona, y patrullando los demás. El General Brandeis encontró las calles del Pueblo Nuevo, San Martín y San Andrés interceptadas por barricadas, postes telegráficos y telefónicos, traviesas y alambradas. En el Clot se tiroteó al Escuadrón de la Guardia Civil y acudió en su ayuda, por orden del General, la Compañía de Asia, que tomó con fuego una barricada y ocupó la barricada. El Escuadrón pasó a mantener enlace con Barcelona y Badalona.

»**Quinta zona.** Se sostuvo fuego durante la noche en el Matadero y en la carretera. Se auxilió el transporte de la carne sacrificada en los Mataderos públicos. En la mañana de este día se me dio parte de que los revoltosos habían atacado el Cuartel de Veteranos de la Libertad y se habían apoderado de armas. El día anterior las habían solicitado. Vacilé mucho en darlas, pero ante las vivas protestas de que el Jefe hizo alarde respondiendo del patriotismo, valor y deseos de contribuir a la paz de su fuerza ordené se facilitaran y se estableciese en el referido Cuartel un puesto militar. También se me comunicó que

el somatén de San Martín había sido desarmado sin resistencia. Llegaron en este día las Compañías de Aragón y la Lealtad y dos Escuadrones de Alcántara. Las masas, en general, desaparecieron de las calles y se sostuvo la alarma por el continuo tiroteo de terrados y balcones. Los revoltosos sufrieron numerosas bajas entre muertos y heridos, y los Hospitales civiles manifestaron la dificultad de admitir más (7). El número de los detenidos en este día, como en el anterior, que han hecho las tropas es crecido. Las peticiones de fuerza para garantía de vidas, intereses y servicios continuaron, y ha sido preciso guarnecer los Consulados, prestar auxilio durante toda la noche al desembarco y conducción del pescado y, como se ha manifestado antes, al de transporte de la carne. La noche transcurrió tranquila.

»**Día 29.** Después de las nueve de la mañana se reprodujo el tiroteo por diferentes puntos. Dispuesto a que desapareciera en el barrio del Padró y San Pablo, entre Ramblas y Rondas, ordené que, bajo la dirección del General Cortés, las fuerzas del General Mora, situadas en el Paralelo como centro, avanzaran dirigiéndose al interior por diferentes calles, con objeto de desalojar y destruir azoteas, quedando durante la noche ocupando las posiciones tomadas.

»**Atarazanas.** Una Compañía de Ingenieros, a la una de la madrugada, ocupó los terrenos próximos a una barricada de la calle del Robador, dispersando, más tarde, al grupo que quiso hacerse fuerte en él, haciéndole un herido grave y apoderándose del "Remington" con que éste disparaba. Siguió Ingenieros vigilando la Delegación de Atarazanas con tiroteos, que hicieron a los revoltosos un muerto y un herido, apresando a ocho. La Comandancia de Artillería organizó una fuerza que, a las órdenes de un Capitán y con el auxilio de Ingenieros y guardias de Seguridad, se internó por las calles del Mediodía, Montserrat y demás hasta la del Conde de Asalto, reconociendo casas peligrosas y obligando a paisanos que encontró en tabernas a deshacer barricadas, siendo tiroteada la fuerza constantemente sin que ella respondiera y quedando luego en silencio las vías recorridas.

»**Segunda zona.** Se efectuaron reconocimientos en casas desde donde salían disparos; se establecieron servicios de seguridad en las azoteas más dominantes; se mandaron destacamentos a la iglesia y plaza del Pino y calle Baja de San Pedro, frente a la de Alvarez de Castro. Esta fuerza sostuvo fuego, así como las que ocupaban la Catedral y calle de Carders. Los revoltosos, desde las azoteas y a pitadas especiales, comenzaban o cesaban sus fuegos que dirigían a las calles. A las once se hicieron por los revoltosos algunos disparos a la puerta falsa del Cuartel de la Guardia Civil de la Rambla; a las quince, al regresar los carros de provisiones de dicha fuerza, fueron tiroteados y durante todo el día continuó el asedio, que era sofocado por el fuego.

»**Tercera zona.** A la una y treinta de la madrugada se amagó un incendio en los Salesianos y se destinó a impedirlo en las Corts de

(7) Entre los muertos y heridos del Hospital de Santa Cruz el día 28, predominaban los obreros jóvenes, «a algunos de los cuales se les ha encontrado encima pases de reclutamiento, en los que se exigía su presentación en el mes de agosto»: Telegrama del gobernador interino a La Cierva, 28 de julio 1909, a las 23 horas.

Sarriá, formando parte de las fuerzas de la zona, a un Escuadrón de Alcántara, que permaneció en aquel punto hasta el día 8. A las doce treinta, una Compañía disolvió grupos establecidos en el convento de Concepcionistas de la calle de Valencia, sosteniendo ligero tiroteo. A las trece, otra Compañía prendió a cuatro anarquistas, según los documentos que se les ocuparon. Un Escuadrón situado en Sarriá evitó, sosteniendo fuego, el incendio del convento del Sagrado Corazón. Otro Escuadrón hizo lo propio en los conventos de las Damas Negras, Seminario y Asilo Durán.

»**Cuarta zona.** Al efectuar en Pueblo Nuevo el relevo de un Escuadrón de Montesa por otro de la Guardia Civil, notó el General Brandeis la formación de grupos que se resistían a disolverse. En consecuencia, dispuso que el Capitán de la Guardia Civil, con las fuerzas desmontadas y con las precauciones debidas, ocupase la azotea más alta de la calle Taulat (principal de Pueblo Nuevo), con objeto de dominar esta vía de comunicación y disolver los grupos con fuego. Apenas roto éste, aparecieron en los terrados de varias casas núcleos provistos de armas de fuego que sostuvieron el combate. La Guardia Civil se iba apoderando de las azoteas que creían adecuadas para dominar las que ocupaban los rebeldes. Hizo 8 muertos, 18 heridos y 23 detenidos con diferentes clases de armas, teniendo que lamentar la muerte, por un balazo, del **Teniente don Daniel Gabaldón** y las heridas de dos guardias civiles. Con la Compañía de la Lealtad que le envié y 30 hombres desmontados de Montesa, el General Brandeis relevó a la Guardia Civil, emplazó dos piezas de artillería frente a la calle de Taulat y la barrió con una docena de disparos de granada y metralla. En la mayor parte de las casas se izó bandera blanca, quedando completamente tranquila la barriada. Entretanto, en el Clot, la Compañía de Asia se había batido con viveza, sufriendo las bajas de un sargento muerto y seis soldados heridos. Para auxiliarla envió 50 guardias civiles. Al recibir Brandeis el aviso, marchó a protegerla con una sección de Montesa y la de Artillería. Encontró a la Compañía en posición adecuada, la hizo ocupar las azoteas de varias casas situadas a la izquierda de la carretera y que la Guardia Civil cubriera la derecha. Emplazó la artillería y la hizo romper el fuego contra una casa desde la que tiraban los revoltosos, y después barrer la calle principal. Mientras tiraba la artillería se recibió fuego por la derecha, que contestó la Guardia Civil; una sección de ésta ocupó una casa situada en la vía férrea, desde la cual pudo abrir fuego dominante, que hizo cesar el de los rebeldes. Después de 15 disparos de cañón se restableció la tranquilidad, y se ocupó por la Compañía de Asia la casa cuya situación y altura pareció al General más a propósito para dominar el Clot. La Guardia Civil quedó en la casa de la vía férrea como apoyo de la Compañía de Asia y enlace con Barcelona. La Artillería tuvo un caballo muerto.

»**Quinta zona.** Una fracción de un Escuadrón sostuvo fuego en Pueblo Seco y en el Matadero, donde, sin duda, se quería impedir el sacrificio de reses para el consumo público. Un Escuadrón destruyó unas barricadas en la Bordeta.



Don Joaquín Sánchez Gómez, Director General del Cuerpo en el difícil período de la Semana Trágica

»Día 30. La noche fue tranquila, y durante la mañana no se reprodujo desde las azoteas el tiroteo. Las fuerzas, que con los Generales Mora y Bonet efectuaron la operación en la tarde anterior, continuaron ocupando hasta las tres sus posiciones. Se destacaron patrullas constantes para escolta de provisiones. Se detuvo a un tabernero, a quien se ocupó un "Remington". En los reconocimientos practicados se encontraron abandonados y fueron recogidos ocho "Remington" en buen estado, dos destrozados; tres "Verdan", dos de pistón, varias bayonetas y bas-

tantes municiones. Se hicieron varias detenciones... Dios guarde a V. E. muchos años. Barcelona, 30 de agosto de 1909».

El conjunto de estas comunicaciones figura recogido en el «Diario de Sesiones de las Cortes Españolas», número 4, apéndice, páginas 1.^a a 7.^a Se trata, como vemos, de un informe militar, porque la autoridad civil ha sido dada de lado mediante la declaración de estado de guerra, muy en contra del criterio del Gobernador civil, Ossorio y Gallardo, que en una carta escrita algo después a Manuel Bargañe dice: «Yo quería retener el mando para hacer un feroz y sanguinario escarmiento en la tarde del lunes, mientras las otras autoridades votaron el estado de guerra para no castigar, obsesionados con la idea de que el mando militar traía aparejada la paz "ipso facto"».

No se refiere al lunes siguiente a la Semana Trágica, sino al día 26, es decir, al momento inicial, ya que en otra carta, ésta dirigida a Maragall, especifica: «Una dura y violenta represión, ejercida en la tarde del día 26 de julio, hubiera ahogado el movimiento en su germen».

Casi cuatro meses más tarde, el periódico «El Socialista» aclarará, si esto es aclarar:

«Sindicalistas, socialistas, libertarios, esto es, todas las fuerzas obreras militantes barcelonesas, estaban conformes en que aquel movimiento adquiriese matiz republicano, siempre que algunas de las personalidades aludidas quisiera aprovechar las circunstancias para la implantación de sus ideas. Pero estas entrevistas dieron un resultado totalmente negativo. Después de tanto alardear aquéllos de revolucionarismo, la comisión hubo de convencerse de que la revolución era sólo deseada por el pueblo, por el mismo pueblo que empezaba a dar su contingente de víctimas, que se batía a la vez en cien lugares distintos y que se disponía a levantar barricadas. No hubo entre las personalidades consultadas quien se atreviera a dar el paso decisivo, a pesar de que el pueblo era el dueño de la capital. Uno alegó que, sin previa consulta con el jefe, no se creía autorizado para determinar nada; otro indicó que lo imprevisto de los acontecimientos hacía imposible toda resolución, etc. Era inútil, pues, toda iniciativa».

Las semanas siguientes.

El funesto maniqueísmo ibérico hizo una vez más acto de presencia; sólo había buenos y malos, inocentes y culpables. Se olvidaban las causas, los antecedentes lejanos, los conflictos latentes; había que asegurar a todo riesgo el orden y la paz y volver a confiar en las bellas e inoperantes palabras. Era preciso poner de nuevo las cosas en su sitio, tranquilizar las buenas conciencias. «El Poble Catalá» y «El Progreso», diarios, y «Metralla, Tierra y Libertad» y «Rebeldía», semanarios, fueron clausurados; sólo quedaba una cosa por hacer: buscar a los responsables del violentísimo estallido.

Desde los sectores obreros empezó a llegar de que, si las cosas continuaban de aquella forma y las medidas represivas no se suaviza-

ban, la masa trabajadora iría de nuevo a la huelga general. Sin arredrarse, don Luis de Santiago tomó el toro por los cuernós:

«Hago saber:

Que llegando hasta mí rumores de que los enemigos del orden pretenden intimar a los obreros honrados a suspender sus trabajos y, dispuesto como estoy a no consentir desmanes ni atropellos que perturben esta ciudad, tan necesitada de paz y tranquilidad:

Ordeno y mando:

Se tendrá presente cuanto mi bando del 26 de julio próximo pasado prevenía, y las fuerzas públicas cuidarán con todo vigor de su cumplimiento.

Igualmente se castigará toda coacción que se trate de ejercer para paralizar el trabajo.

Todo acto de pillaje o incendio se reprimirá con vigor extremo, siendo pasados por las armas en el acto, los que fueren cogidos «in fraganti».

Invito a todos a meditar con calma acerca de la conducta que observen y en la responsabilidad que por ella contraigan, pudiendo estar seguras las personas pacíficas de que encontrarán mi decidido apoyo y protección en todo momento, si, contra lo que espero, tuvieran necesidad de ello, debiendo evitar confundirse con los alborotadores, con las consecuencias que pudieran sobrevenirles».

El día anterior había llegado a Barcelona el nuevo Gobernador civil, Crespo Azorín. Desconocedor de la problemática barcelonesa y probablemente mal guiado por las órdenes de arriba y los consejos de abajo, Crespo Azorín se entregó a la tarea purificadora con exagerado entusiasmo. El celo represivo del nuevo Gobernador llegó a tomar caracteres de manía: cerró numerosas escuelas, algunas de ellas de reconocido prestigio conservador, clausuró el Centro excursionista de Cataluña, revisó los archivos con mirada de escribano a la antigua usanza. Más de 2.000 personas, entre anarquistas, lerrouxistas y republicanos radicales, serían arrestadas. Anselmo Lorenzo Litrán, junto con Soledad Villafranca y José Ferrer (amante y hermano, respectivamente, de Ferrer Guardia), fueron deportados a Teruel. Pablo Iglesias fue encarcelado. El señor Crespo Azorín no se detenía en prever ninguna posible consecuencia lamentable. Aquella actitud resultaba pueril e ilustra muy bien el espíritu con que el Gabinete Maura pensaba cerrar la herida abierta que aquejaba a la hermosa ciudad catalana. Las consignas de La Cierva fueron obedecidas fielmente por el señor Crespo. Pasados cinco años, un personaje tan poco sospechoso de extremismo como Cambó interpelaba a La Cierva en las Cortes. Afirmaría: «Yo no diré a su señoría que esas instrucciones fueron un crimen, pero repetiré la frase de Telleyrand: que fueron una grande, una inmensa torpeza».

¿Cómo reaccionaron las fuerzas políticas barcelonesas ante la represión impuesta por un Gobernador civil que desconocía totalmente los antecedentes del estallido y el clima político-social barcelonés?

Clausurados «El Progreso» y «El Poble Gatalá», órganos respectivamente del lerrouxismo y del ala más radical de la izquierda catalanista, tanto uno como otro movimiento mostraron una actitud de abierta hosti-

lidad ante la actitud de Crespo Azorín y los suyos. Pero la conducta de Lerroux no se halla exenta de contradicciones. A su regreso de América del Sur, donde le sorprendió la crisis, hizo escala en las Canarias y, a la vista de los hechos, decidió refugiarse en Francia. Cuando se produjo la caída de Maura y retornaron al poder los liberales, Lerroux regresó a Barcelona y, ya en la Ciudad Condal, pronunció un discurso en la Casa del Pueblo:

«Cuado recibí noticias de lo que aquí pasaba —dijo—, sentí aquella satisfacción interior que experimenta el maestro al ver que sus discípulos realizan su obra. Esta clase de convulsiones populares no deben juzgarse por los detalles, sino por las grandes tendencias que significan, y yo pienso que el pueblo español antepone a todo el amor al derecho, por cuya conservación derrama su propia sangre; protesta que merece respetos, aunque pudiera ser censurada por los que quisieran realizar las revoluciones como un programa de concierto musical».

Lerroux, con sus ampulosas palabras, demuestra que realmente no había acabado de entender la diferencia existente entre una revolución auténtica y la revolución de unas turbas entregadas al saqueo.

Por su parte, el catalanismo conservador de la Lliga adoptó una postura basculante: ligado políticamente al Gabinete Maura, vióse obligado a dar su beneplácito a la represión, aun a costa de traicionar algún que otro personalismo. La postura pacifista de la Lliga en esa hora trágica tuvo efectos importantísimos: contribuyó no poco al resquebrajamiento del aglutinante movimiento que fue la Solidaridad Catalana.

Pasado ya el temporal, y tras el triunfo «¡Maura, no!», la izquierda catalanista y los radicales de Lerroux obtuvieron un clamoroso triunfo en las siguientes elecciones de Diputados a Cortes. La derrota de la Lliga fue estrepitosa: el propio Francisco Cambó se quedó sin su acta de Diputado por la ciudad de Barcelona.

Cuatro días después de la primera sentencia de cadena perpetua se dictaba la segunda. El condenado era Antonio Capdeville; el 9 de agosto fueron condenados a idéntica pena 12 vecinos de Monistrol y un adolescente del mismo pueblo, y por ser casi un niño le condenaron a diecisiete años y seis meses de presidio.

Barcelona hervía en odio e insana indignación. La campaña del «Delatad», lanzada por algún periódico, hacía aún más lamentable aquel clima de estado de violencia psíquica. Los chivatazos, los avisos secretos, los anónimos dieron sus amargos frutos. Diariamente se celebraban Consejos de Guerra, y la ciudad, insensible, bochornosa, tranquila, saciaba sus inquietudes con las sentencias cotidianas. Las condenas, las detenciones, los confinamientos llenaban las páginas de los diarios. Barcelona se había convertido en una ciudad insoportable.

El 11 de agosto, diez días después de la Semana Sangrienta, era decretada la primera sentencia de muerte. Antonio Malet Pujol, hombre

de corta estatura, mecánico de profesión, era el reo. El mismo confesó haber tomado parte activa en los disturbios y haber disparado contra la fuerza pública. En Barcelona no se levantó una sola voz para pedir clemencia. El día 14 era condenado a idéntica pena José Miguel Baró.

Desentendida totalmente la opinión pública de aquellas condenas, el episodio no pasaba de ser un eslabón más de la cadena de la represión. La muerte de aquellos hombres no supuso ningún conflicto, no provocaría reacción alguna. Pero he aquí que, el 23 de agosto, el Juzgado de Mataró decreta el procesamiento de Francisco Ferrer Guardia, como «inductor e instigador» de los sucesos acaecidos en aquella localidad.

Francisco Ferrer, en uno de los textos de la Escuela Moderna, comprendido en una circular, dice así: «En la revolución que se avecina, pasad por el infame burgués y sus ridículos programas. Antes que edificar nos toca arrasar todas las ruinas. Venga la revolución porque es tan inevitable como la bancarrota.

Programa: abolición de todas las leyes existentes. Expulsión y exterminio de todas las comunidades religiosas. Disolución de la Magistratura, del Ejército y de la Marina. Derribo de las iglesias. Confiscación de los Bancos y de los bienes de cuantos hombres civiles o militares hayan gobernado España o sus perdidas colonias. Inmediata prisión de todos ellos hasta que se justifiquen o sean ejecutados. Prohibición de salir del territorio, ni aun en cueros, a todos los que hayan desempeñado funciones públicas. Confiscación de todos los ferrocarriles y todos los Bancos».

No es, ni con mucho, un modelo de programa político ni de proclama. Hay en este texto errores fundamentales que denotan que, desde luego, Ferrer no es ni orador, ni escritor de soltura. Por ejemplo, se dice «confiscación de los Bancos y de los bienes...», y luego, mucho más abajo, al final, hay otro párrafo en el que, olvidando lo que acaba de decirse, se repite: «Confiscación de todos los ferrocarriles y todos los Bancos». Lo de plantear la disyuntiva de que todos los hombres de gobierno han de justificarse o ser ejecutados deja bien claro que Ferrer no entiende de penas intermedias. Es decir: o culpables o inocentes. Si culpables, ejecutados. Ya no hay más. Más parece este programa o agenda, por llamar al texto de alguna manera, el conjunto de anotaciones de un hombre desesperado que la línea marcada por un caudillo a sus hombres.

Y sorprende esto porque, en cambio, en otras ocasiones, Ferrer se muestra dominador del lenguaje, hombre que sabe emplear las palabras justas y, sobre todo, las de mayor efecto. En una carta escrita a Josefina Bonald en 1905 dice: «Llamo a mi Escuela "Moderna" y no Escuela de Anarquistas para no asustar a la gente ni dar pretexto al Gobierno para que la cierre. Hemos de preparar cerebros aptos para hacer la revolución social. No nos interesa hacer buenos obreros, buenos empleados, buenos comerciantes; queremos destruir la sociedad actual desde su fundamento».

Preso Ferrer en el castillo de Montjuich, no van a faltar al Tribunal militar que ha de juzgarle materias de acusación. Cuando veintitantos días más tarde regresa a Madrid, procedente de Barcelona, el Fiscal del Supremo, Ugarte, dice con toda claridad:

«Francisco Ferrer y Guardia ha sido autor y director del movimiento: en la iniciación de éste, instigó e incluso capitaneó a los grupos incendiarios, según se deduce de testimonios irrecusables».

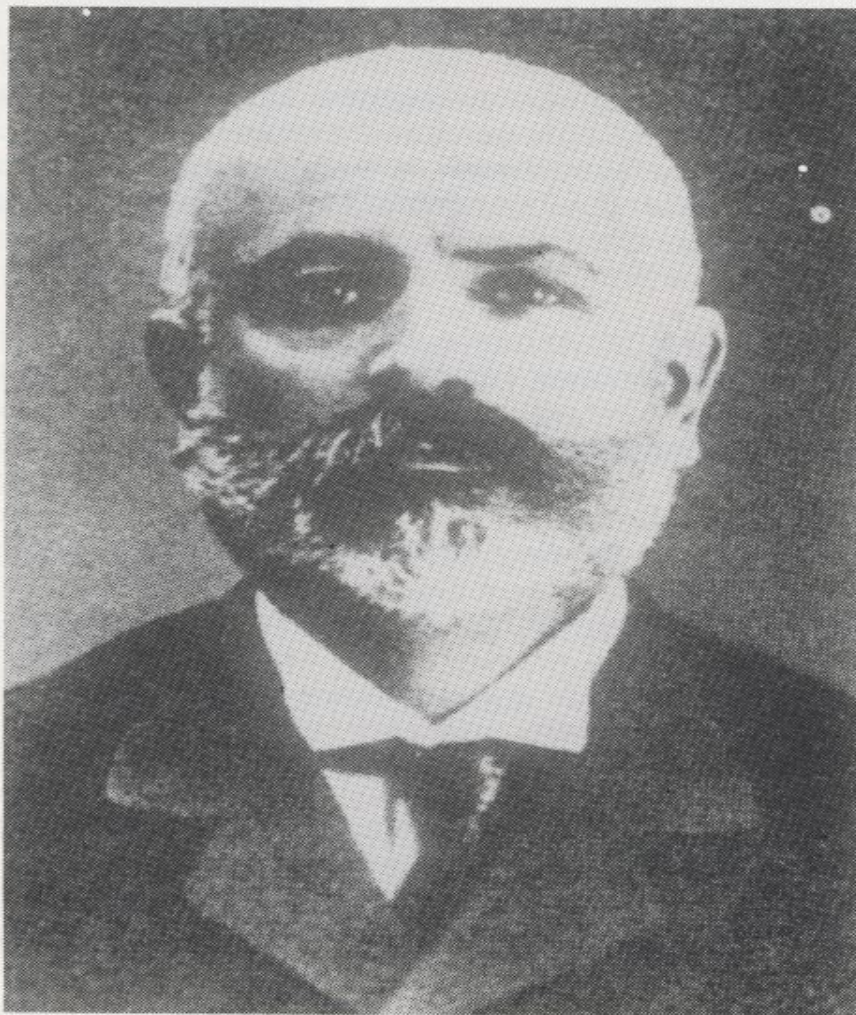
Llamado para defenderle, el prohombre republicano Gumersindo de Azcárate repasa despaciosamente los voluminosos folios del sumario y, al terminar, exclama:

—No puedo defenderlo.

—¿Por qué?

—Porque empiezo por considerarle culpable.

El proceso Ferrer levanta oleadas de manifestaciones y artículos periodísticos en toda Europa. Pocas veces, un Gobierno se verá presionado de cerca y de lejos como el Gabinete de Alfonso XIII, que habrá



Francisco Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna y destacado dirigente del anarquismo catalán. Su ejecución el 13 de octubre de 1909 levantaría una oleada de protestas en toda Europa contra el Gobierno español

de recomendar la dureza o la clemencia una vez que el Tribunal decida la pena, que no ha de ser otra que la de la muerte.

La dureza de la sentencia no hace sino elevar a Ferrer a un podio que no imaginó jamás. Su talla intelectual, que no tiene en absoluto nada de extraordinaria, no le hubiera llevado nunca a la cima de popularidad conseguida con la sentencia. Hombre de ideas fijas, revolucionario intrínseco, buen divulgador, pero mal jefe de hombres, Francisco Ferrer hubiera trascendido en la historia del anarquismo español de no ser por la pena impuesta y por su ejecución fulminante. Ferrer es hombre que piensa que todo ha de ser derruido porque todo está mal, y en esto —hablamos de la España de 1909— no hay más que, si acaso, algo de exageración. En cuanto al modo de cambiar un sistema por otro, Ferrer es conciso: la violencia. Pero, ¿puede un revolucionario de 1909, o de otro año, pretender el tal canje por medios pacíficos? A la cabeza del banco azul del Gobierno está Maura, cuyo lema es la revolución desde arriba. Bien cierto es que la España de 1909 puede parecer cualquier cosa menos un país en trance de evolución. Luego Maura no está cumpliendo su propia doctrina. Al otro extremo, en la Barcelona autonomista y día por día más anarquista, está Ferrer. Tras la Semana Trágica, Ferrer pierde, Maura gana. Y el precio es la vida del fundador de la Escuela Moderna.

De un reportaje de Rafael Abella publicado en la revista «Destino», de Barcelona, el 8 de mayo de 1971, son los siguientes párrafos: «Transcurrido más de medio siglo del célebre proceso, pocos sostienen la culpabilidad "material" de Ferrer en los hechos que le imputaron. Queda el espinoso aspecto de la responsabilidad "moral"».

En lo que no hay duda es que en las circunstancias especiales en que se tramitó el proceso, la menos apta para el sereno quehacer de la justicia, diera un veredicto que no ofreciera dudas en cuanto a la certeza de los cargos, la veracidad de las pruebas, la idoneidad de los testigos y la igualdad de oportunidades a la defensa. La realidad es que a Ferrer se le condenó por fundador de la Escuela Moderna, más que por cabecilla de un motín.

Conocida la sentencia, nadie osó hacer un ademán en favor del condenado. El Gobierno, ante aquella abstención, no consideró oportuno proponer el indulto al Rey y dejó que la ley se aplicara. Tan sólo Dato y Sánchez Guerra, vislumbrando lo que podía ocurrir, aconsejaron a Maura la conmutación, más por habilidad que por clemencia.

El día 11 de octubre, Ferrer fue conducido, entre grandes precauciones, a Montjuich. El día 12 entró en capilla. Hasta el último momento rehusó todo auxilio espiritual. El día 13, al amanecer, Francisco Ferrer Guardia fue puesto ante el piquete. Llegó al duro trance con dignidad y sin abjurar de sus ideas. Sus últimas palabras antes de la descarga fueron: «Soy inocente. ¡Viva la Escuela Moderna!».

Con la muerte de Ferrer, la Semana Trágica barcelonesa comenzaba a dar sus amargos frutos. Maura, el orador insigne, el hábil político, no tenía en el Parlamento adversarios de su talla. Lo sabía el país cuando en 1907 accedió a la Presidencia. Todos confiaban a la sazón

en que, finalmente, España podría disponer de un Gobierno estable. Muy lejos se estaba de pensar que dos años después caería por resultas de un súbito cambio en la pública opinión. Los liberales subieron al poder. Un gallego anticlerical, don Manuel Canalejas, tomaba las riendas de España. Los lerrouxistas, que denunciaron la represión maurista (¿por qué no lo hicieron a su tiempo?), ganaban en Barcelona las elecciones provinciales; la Lliga se hundía estrepitosamente. En el anarquismo se comenzaba a vislumbrar una reorganización que en el futuro habría de dar mucho juego: la C. N. T. estaba en camino.

Barcelona, que en la última semana de julio había vivido las horas más sangrientas de su historia, se esforzaba en olvidar la huella de aquellos días de luto y amargura. Pero el horizonte no se presentaba despejado: densos nubarrones amenazaban la tranquilidad, la raquíca esperanza de aquel otoño catalán. El Gobierno, el pueblo, España entera no habían estado a la altura de sí mismos. Reinaba una calma ficticia y engañosa. Nadie parecía haberse dado cuenta de que aquellos siete días sangrientos fueron una llamada de violento aviso. La serenidad aparente ocultaba el temor; era el silencio miedoso de una nación incapaz de afrontar sus propias culpas y que, paso a paso, encaminábase hacia el abismo.

El análisis del comportamiento colectivo de las masas obreras barcelonesas durante la Semana Trágica ofrece un gran interés: es aquélla la primera vez en siete años, desde la tan diferente huelga de 1902, que se encuentran (por haberla provocado) en una situación de colapso de los resortes del Gobierno, dueñas de casi toda la calle, libres de delinquir. Aquí, toda cautela es poca porque el historiador se estrella fácilmente contra el clásico escollo de las explicaciones, omeostáticas, que atribuyen cuanto ocurre en una situación determinada a desequilibrios anteriores a esa situación. Mas, una vez se han trillado con la precisión posible los actos atribuibles a tensiones e incidentes surgidos durante la propia Semana Trágica, queda todo un cúmulo de actos indudablemente reconducibles a actitudes y tensiones anteriores. Así, la misma falta de dirección política durante los acontecimientos, la inmovilidad de la Lliga en esos días, la brevedad del período de disturbios, la actitud al principio predominantemente defensiva de las autoridades, concurren todas a hacer del análisis de una parte importante de los sucesos de julio del único medio de comprobar mucho de cuanto llevamos dicho acerca de la naturaleza del republicanismo obrero barcelonés (8).

El carácter republicano difuso del movimiento no requiere explicaciones. Tampoco el ataque a la Policía y a la Guardia Civil, percibidos como los defensores principales y más molestos de la institución monárquica. No hubo ataques a patronos ni a otras personas que podían encarnar al «burgués». No hubo más destrozos de propiedad industrial que los ocasionados por la quema de una fábrica de alcoholes perteneciente a un carlista, la destrucción de una barbería, la inutilización de

(8) Datos en telegrama del gobernador interino a La Cierva, números 102 y 217, de fechas 2 y 3 de agosto de 1909.

parte de la maquinaria de la Compañía eléctrica barcelonesa (se supone que para cortar la luz) y el saqueo de una corsetería. Los únicos domicilios forzados y saqueados fueron los de algunos agentes de Seguridad (9). Fábricas y talleres ocupados, ninguno —ya se ha dicho—. Todo lo cual corrobora la escasísima penetración de la propaganda anarquista entre aquellas masas de Barcelona. El republicanismo de la Casa del Pueblo no llevaba a la expropiación ni a la matanza de burgueses, por más que éstos se sorprendieran algo al comprobarlo y sintieran en agosto «una especie de agradecimiento hacia las turbas que se han contentado con quemar iglesias».

El análisis de los actos anticlericales cometidos, y omitido durante la Semana Trágica, abona esta explicación. Es sabido que la conducta violenta, cuando no es resultado de una frustración cegadora, es instrumental; va orientada, como los demás actos de la vida cotidiana, a resolver problemas y enderezar situaciones.

En el contexto de los sucesos de julio, solamente la explicación precedente da la clave del hecho de que nada más fuese atacada la propiedad religiosa, en tanto que no hubo entre los religiosos de Barcelona otras víctimas personales que tres muertos (uno accidentalmente) y dos heridos (10).

Se ha tratado de quitar significado a este hecho, por lo demás insólito dada la furia anticlerical de esos días, atribuyéndolo a las consignas de no matar que sabemos dieron los del comité de huelga después de iniciados los incendios y que se supone salieron también del liderazgo radical (11). Pero este repaso no cuadra con los hechos. El comité de huelga y el liderazgo radical lograron a duras penas mantener durante parte de la Semana Trágica un núcleo de enlaces suficientes para comunicar u ordenar lo más indispensable. Pero nadie encuadró a las masas. Los miembros del comité de huelga y los jefes de Solidaridad Obrera y de sus sindicatos, cuando no se hicieron apresurar en seguida, estuvieron escondidos o anduvieron de un lado para otro en busca de los políticos, o discutieron sin poder alterar la evolución de los acontecimientos. Pronto, el miércoles ya, el comité desapareció a todos los efectos prácticos. Las sociedades de oficio no tenían organización ni disciplina para controlar a sus miembros, ni habían de dilapidar los anarquistas sus pocos recursos en amparar la vida de los eclesiásticos. En cuanto a los radicales, ya dijimos que Emiliano Iglesias trató de evitar todo compromiso irreversible, y para eso lo más seguro era dejar sueltas las riendas del partido —lo que hizo—. ¿Cómo pensar que durante toda la semana funcionó en la gran ciudad una organización sigilosa y puntual que fue deteniendo manos homicidas cada vez que se

(9) Raimundo Casellas (director de la *Veu de Catalalunya*) a Narciso Oller. Barcelona, 15 de agosto de 1909.

(10) Lisboa, en *Reseña Eclesiástica*, septiembre de 1909, da la cifra de los heridos. La historia de los tres sacerdotes que perdieron la vida es narrada una y otra vez en los textos sobre la Semana Trágica.

(11) La idea de que hubo consigna de no matar y de que fue obedecida es fundamental para la interpretación de J. Connelly Ullman. *Semana Trágica*, pág. 201.

alzaban contra un religioso? ¿No andaban los obreros radicales más excitados buscando por todas partes, y casi siempre en vano, a los líderes de sus barrios para pedirles que declararan la República? ¿Resultará que aquellas masas, que levantaron las barricadas donde les pareció e hicieron fuego sobre la Guardia Civil y la Policía según se les antojó, obedecieron un plan detallado solamente a la hora de respetar la vida de los eclesiásticos?

Las turbas arremolinadas en torno de los conventos que se iban a quemar tuvieron amplia oportunidad de agredir a los religiosos y religiosas que estaban dentro. Algún conato hubo, y la suerte favoreció a veces a frailes que pudieron escapar a tiempo por la puerta trasera. Pero en la mayoría de los casos no medió agresión personal, porque ni los incineradores, ni los espectadores que les incitaban a seguir su tarea se propusieron agredir. Y fueron muchos los casos —harto comentados por la bibliografía— en que los propios incendiarios escoltaron con toda solicitud a las monjas hasta diversas casas particulares antes de pegar fuego al convento.

Esta decisión colectiva de no matar a los religiosos ocurría en un contexto que se estaba disparando contra las fuerzas del orden y no puede, por tanto, achacarse a un horror invencible a quitar la vida.

El patrón a que obedecieron los sucesos de la Semana Trágica no responde, en sus rasgos generales, más que a una explicación que reconduce la conducta seguida a las actitudes del republicanismo radical. Los anarquistas y socialistas de Solidaridad Obrera lanzaron la huelga, pero los huelguistas —salvadas las excepciones individuales— se condujeron como republicanos lerrouxistas.

Esta interpretación de los acontecimientos plantea, sin embargo, dos problemas, tan espinosos como corrientes en el análisis de comportamientos colectivos. Primero, ¿hasta qué punto se pueden ver las diversas clases de actos realizados por los diversos sectores como reflejo de una diferenciación funcional en las actividades de un conjunto de actores concordes en sus metas globales? ¿No serán más bien las variaciones individuales reflejo de profundas diferencias entre las concepciones de unos y otros actores obreros? Y en segundo lugar, ¿es realmente lícito atribuir a la arrolladora mayoría de la clase obrera barcelonesa actitudes cuya existencia se deduce aquí de actos cometidos por sólo una fracción de la misma?

A pesar de la escasez de datos pertinentes, no es imposible responder. Acerca de la primera pregunta, sabemos que los militantes y simpatizantes radicales que participaron activamente en los acontecimientos lo hicieron tanto en calidad de incendiarios como levantando barricadas, etc. La unidad de propósito en los radicales no ofrece duda. Por otra parte, el hecho de que no se gritaran vivas a la República catalana ni se atacase al enemigo de clase, ni se ocuparan las fábricas confirma que las ideas del republicanismo nacionalista, del anarquismo y del sindicalismo revolucionario no habían penetrado en amplios sec-

tores de la clase obrera barcelonesa. La diferencia está en dilucidar si había una masa que condenaba esencialmente la conducta de los radicales, o disentía profundamente de su modo de ser.

No tenemos medios de dilucidar directamente esta cuestión con los datos que conocemos. Pero, aparte de que nada apunta a la existencia de una división tal, hay una solución oblicua. Está en la respuesta al segundo de los problemas antes enunciados —el de hasta qué punto se pueden atribuir al conjunto de la clase obrera (sin otra salvedad que los anarquistas, socialistas, católicos y algunos más)— las actitudes que hemos deducido del análisis previo del comportamiento rebelde global.

Para resolver este problema tenemos que mirar a las elecciones municipales del 12 de diciembre de 1909. Entre el 1.º de agosto y esas elecciones, el Gobierno Maura cerró los Centros lerrouxistas, reprimió con mano que pareció dura. Hubo cinco fusilados —Ferrer, uno de ellos—. De toda Cataluña, miles de hombres y mujeres emigraron a Francia; bastantes eran sublíderes y militantes radicales implicados en los sucesos. Cayó Maura en octubre. Le sucedió una situación liberal, presidida por Moret. Empezó entonces el deshielo. Se fueron soltando presos y reabriendo los Centros. Volvieron algunos exiliados y Lerroux. El Partido Radical se apropió por completo de la Semana Trágica. Mientras socialistas y anarquistas se acusaban mutuamente y acusaban juntos a los lerrouxistas de haber traicionado la revolución, éstos bautizaban Semana Gloriosa a la última de julio (12).

Definitivamente disuelta la Solidaridad Catalana, seguros ya de que había terminado lo peor de la represión, liberados de Maura, recobrado Lerroux, los obreros de Barcelona votaron sin el clima de excitación de las tres elecciones anteriores. Habían tenido tiempo de madurar su juicio acerca de la Semana Trágica y de contrastar pareceres acerca de ella.

La candidatura lerrouxista sacó el 12 de diciembre 32.566 votos. Un mero 4,21 por 100 menos que en mayo anterior —diferencia de 1.433 votos, que casi bastarán a explicar los detenidos y exiliados entonces, aún alejados de sus distritos—. El Partido Radical seguía siendo la única expresión política colectiva de la clase obrera en Barcelona. Votaron como si no hubiera pasado nada entre mayo y diciembre.

Eso es lo importante y significativo de aquella elección en lo que hace al análisis de la Semana Trágica. Porque los sucesos de julio pertenecían a la categoría de los que no suelen dejar indiferentes a quienes pasan por ellos. Durante el largo verano y el otoño de 1909, presos, emigrados o procesados sus líderes, sin poder reunirse en sus Centros, los obreros radicales vivieron aislados del partido. El tiempo que antes pasaban en la Casa del Pueblo o en la Fraternidad lo dedicaron ahora a

(12) Resultados electorales oficiales, según «El Progreso», de 17 de diciembre de 1909. Los resultados de las elecciones de 8 de mayo de 1910 confirman también lo que se dice aquí.

la familia, al café o a la taberna del barrio, y ahí se comentaron los hechos, se habló de los conocidos muertos, heridos, presos o emigrados, de los destrozos causados por la revuelta, y todo, ¿para qué? La Semana Trágica había resultado un fracaso casi completo: ya se volvían a levantar los conventos; seguía la guerra de Marruecos; lo único ganado era la caída de Maura... Si llega a haber en Barcelona, por la derecha, por la izquierda o al margen de toda escuela política, un amplio sector obrero contrario a lo que representaba la Semana Trágica, puede darse por seguro que su disentiimiento se hubiese mudado en censura del más agrio cariz —censura de los actos cometidos y de las ideas que éstos tradujeron—. Y los votantes radicales menos pertinaces hubieran cedido —tanto más cuanto que el partido había dejado de funcionar—. ¿Cuántas simpatías no le había costado al anarquismo la huelga general de 1902? ¿Cuántos votos no había perdido Lerroux en 1907 por no lograr convencer en pocas horas a sus electores de la inocencia de su partido en el atentado de Hostafranch?

Pero no hubo censura violenta, puesto que se mantuvo la estabilidad del voto. Prueba de que el votante radical estaba cerca, muy cerca del obrero que no votaba. Prueba, también, de que quien quemó conventos, pero no se cuidó de levantar barricadas republicanas; quien sólo fraternizó con la tropa y gritó contra la guerra; quien declaró la República en su calle, y el obrero que quedó en su casa coincidían casi todos en un modo de ver las cosas, cuya plasmación política era el lerrouxismo.